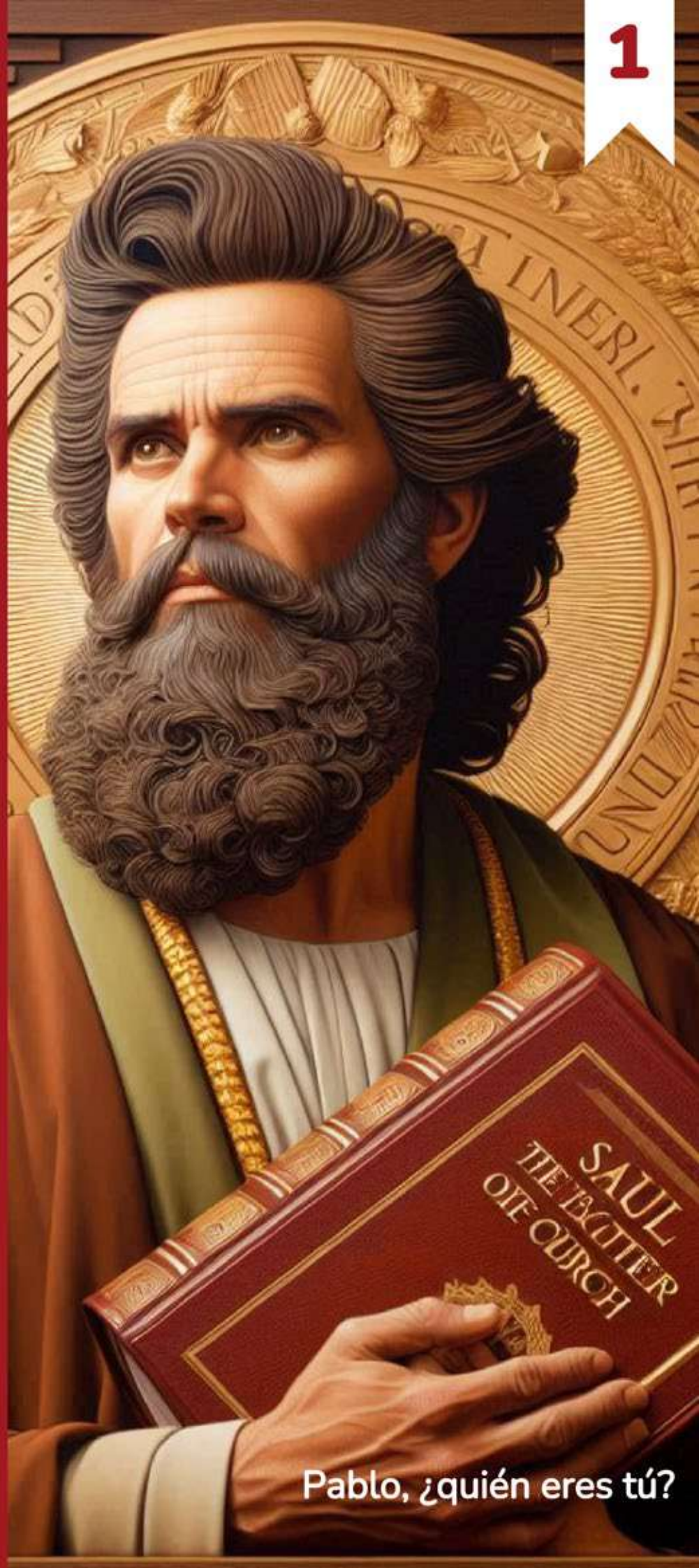


SAN PABLO

MAESTRO DE LA IGLESIA Y APÓSTOL DE LOS PUEBLOS



1

Pablo, ¿quién eres tú?

San Pablo. Maestro de la iglesia y apóstol de los pueblos. I. Pablo, ¿quién eres tú? / Gustavo Zamora, Pbro. – 1ª ed. – Bogotá: Fundación Universitaria Monserrate (Unimonserrate), 2024.

Libro digital, PDF.

Archivo digital: descarga y online.

ISBN: 978-958-8486-65-9

I. San Pablo. 2. Maestro de la iglesia. 3. Iglesia. 4. Teología. 5. Pastoral.

Fundación Universitaria Monserrate – Unimonsserrate
Escuela de Ciencias Humanas y Sociales
Programa de Teología
Seriado Bíblico Teología
ISBN: 978-958-8486-65-9

Rector

Ricardo Alonso Pulido Aguilar, Pbro.

Vicerrector Académico

Hugo Orlando Martínez Aldana, Pbro.

**Vicerrector Administrativo y
Financiero**

Carlos Iván Martínez Urrea, Pbro.

Vicerrector de Pastoral y Bienestar

Marcos Alexander Quintero Rivera, Pbro.

Director de Investigación

Hugo Orlando Martínez Aldana, Pbro.

Decano

Rubén Darío Hernández Perdomo, Pbro.

Coordinador de Investigación

Camilo Andrés Barrera Alvarado

Director de Teología

Luis Fidel Suárez Puerto

Autor

© Gustavo Zamora, Pbro.

Comité Editorial

Luis Fidel Suárez Puerto, Pbro.

Martín Gil Plata, Pbro.

Rubén Darío Hernández Perdomo, Pbro.

Camilo Andrés Barrera Alvarado

Corrección de estilo

Carolina Rodríguez Lizarralde

Coordinación editorial

Margie Lisseth Marroquín Prieto

Dirección editorial

Manuel Alejandro Briceño Cifuentes

Diseño y diagramación

Jeferson Camilo Hernández Galeano

© 2024, Fundación Universitaria Monserrate – Unimonsserrate

Primera edición: agosto 2024

Editorial Universitaria Unimonsserrate

Correo: editorialuniversitaria@unimonsserrate.edu.co



Licencia Pública Internacional — CC BY-NC-SA 4.0

Creative Commons Atribución/Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Editorial

La serie teológica «San Pablo» pone la persona y el pensamiento del apóstol de los pueblos al alcance de todos. Los lectores encontrarán en esta colección interesantes herramientas que les facilitarán un conocimiento más profundo del mensaje paulino, y de su gran influencia en el cristianismo naciente, así como de su innegable importancia para la Iglesia de todos los tiempos.

Cada publicación está enriquecida con elementos exegéticos, teológicos y pastorales. Además, contiene abundantes referencias bibliográficas, lo que permitirá a los lectores seguir ahondando en cada una de las temáticas desarrolladas.

Esta serie tiene como punto de partida la vida del apóstol, en su triple contexto judío, griego y romano. Una vida que, sin duda alguna, estuvo fuertemente marcada por la cristofanía acaecida en la vía que conduce a Damasco (cf. Hch 9,1-19; 22,5-16; 26,9-18). A partir de aquel evento el pensamiento del fariseo tarsiota cambió totalmente. La Torá, el culto y las obras de caridad que, por cerca de 30 años, constituyeron el fundamento de su fe dieron paso a Cristo «y este Crucificado» (cf. I Cor 1,23).

Después del acercamiento a la vida del apóstol, la serie aborda temáticas de gran interés, como la relación de Pablo con la epistolografía greco-romana y con la retórica clásica, la manera como él concebía las verdades de fe del cristianismo naciente y sus estrategias evangelizadoras.

Por tanto, esta colección va dirigida a quienes ya poseen conocimientos bíblicos y teológicos en torno a la figura y al pensamiento de San Pablo. En cada publicación se podrán refrescar dichos conocimientos y adquirir otros que ofrecen las recientes investigaciones bíblicas y arqueológicas.

También son destinatarios quienes están empezando a incursionar en el mundo de los estudios bíblicos y teológicos. El lenguaje de cada entrega hace posible que cualquier lector pueda comprender sin dificultad los distintos argumentos que allí se desarrollan.

Ministros, catequistas, animadores de las diferentes pastorales, miembros de movimientos y grupos apostólicos, entre otros, pueden encontrar en esta serie un valioso apoyo para la labor evangelizadora que se les ha confiado. Y quién mejor que el apóstol de las gentes para ayudar a todos a entender de qué manera la Iglesia podría dar a conocer el evangelio a todos los pueblos hoy en día. Recordemos, ella «existe para evangelizar» (cf. Evangelii Nuntiandi 14).

La colección *San Pablo. Maestro de la iglesia y apóstol de los pueblos* aborda de manera general cinco grandes temáticas, que son las siguientes:

1. La vida de Pablo: a través de una sencilla entrevista son presentados los principales eventos de la vida del apóstol. Esta entrevista ofrece, además, un primer acercamiento al pensamiento teológico y a la labor evangelizadora de esta gran figura del s. I.

2. La relación con el mundo intelectual: sin duda, la epistolografía greco-romana, así como la retórica clásica fueron vistas por Pablo como excelentes herramientas para la realización de su gran anhelo, dar a conocer a Cristo a todos los hombres de su tiempo.

3. El Epistolario Paulino: San Pablo vio en la epistolografía un modo concreto y eficaz de seguir estando presente en medio de las comunidades que había fundado en sus viajes misioneros. Además, las distintas cartas que conforman el Corpus Paulinum (siete protopaulinas, tres deuteropaulinas y trestritopaulinas) son el mejor testimonio de la predicación de Pablo y de su gran influencia en la teología cristiana naciente.

4. El Pensamiento Paulino: si bien es cierto que San Pablo no escribió ningún tratado de teología, sus cartas, caracterizadas por dar respuesta inmediata a las problemáticas surgidas en las comunidades por él fundadas, nos ofrecen la posibilidad de comprender cómo entendía él las verdades fundamentales del cristianismo. La centralidad del sacrificio de Cristo, el misterio trinitario, el mesianismo de Jesús, la justificación por la fe, los sacramentos, la Iglesia, el hombre y la parusía son algunos de los argumentos que el apóstol desarrolla en sus misivas.

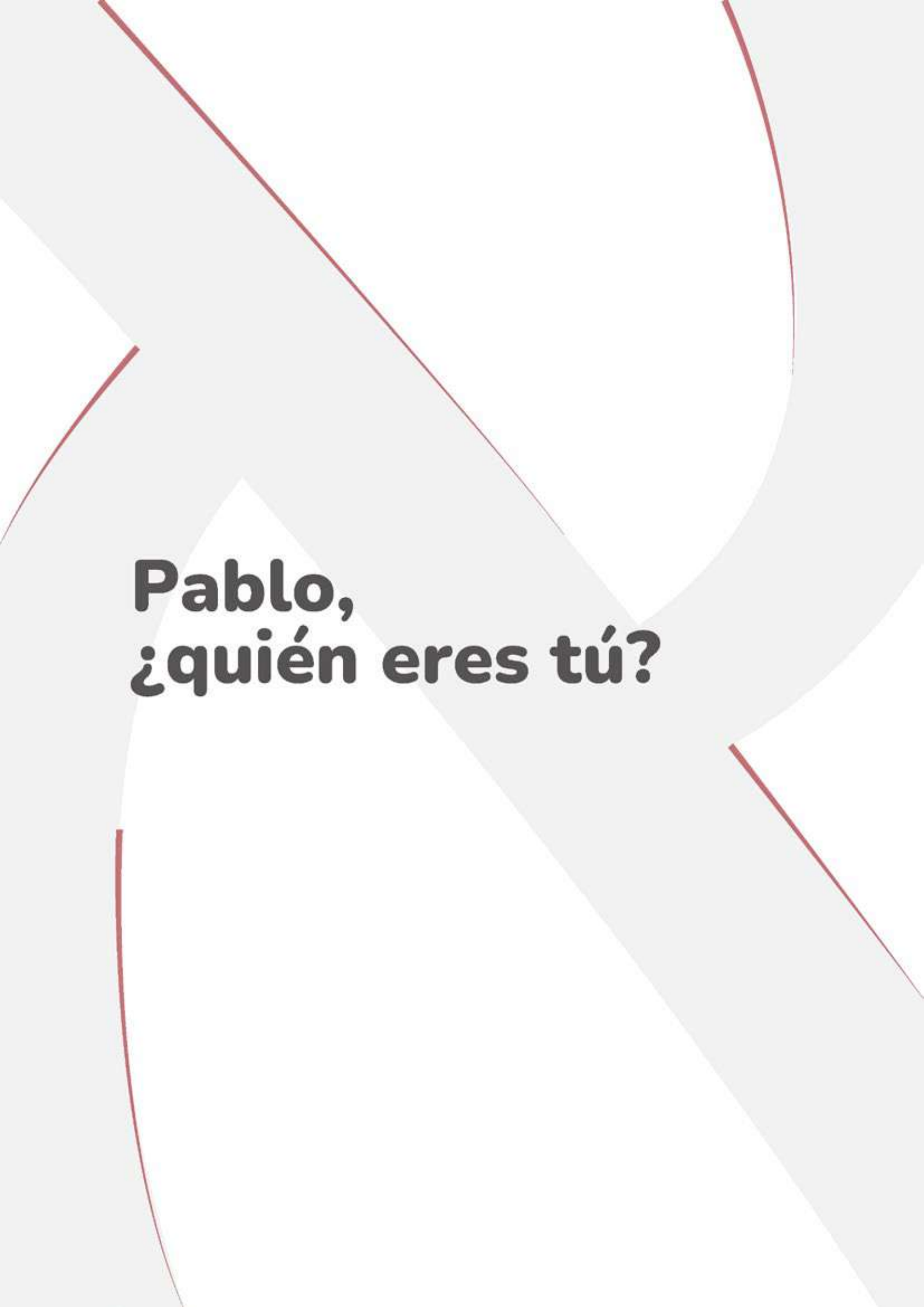
5. La labor evangelizadora del apóstol: A partir de la «experiencia fundante» camino a Damasco, San Pablo se esforzó por anunciar en muchos lugares del Imperio Romano el evangelio que a él fue revelado. Es Lucas, en los Hechos de los Apóstoles, quien mejor describe los distintos viajes misioneros del apóstol: sus estrategias, sus dificultades, sus logros y sus fracasos.

Así, el presente trabajo consta de 10 publicaciones en serie cuya periodicidad y difusión se hará de manera semestral. A continuación compartimos los nombres de todas los títulos que compondrán esta colección:

1. Pablo, ¿quién eres tú?
2. Un hombre del siglo I
3. Las redes sociales paulinas
4. ¿Un nuevo Dios?
5. Un Cristo muy particular
6. El verdadero Mesías
7. ¿La fe o las obras?
8. Tres cuerpos
9. Un regreso no tan inmediato
10. El apóstol viajero

Esperamos que su lectura sea de provecho y agrado.

Gustavo Zamora, Pbro.



**Pablo,
¿quién eres tú?**

Jamás será tiempo perdido escribir o leer un artículo en torno al inigualable Pablo de Tarso, pues recordar o aprender algunos elementos de su vida, su ministerio y su teología siempre resultará una acción edificante. Y no es para menos, pues este hombre, «superior incluso a muchos ángeles y arcángeles»¹, es capaz de interpelar tanto a creyentes como a no creyentes de todas las épocas. Razón tenía Benedicto XVI al afirmar, con ocasión de la inauguración del año paulino, que el apóstol de las gentes no es una figura más del pasado, sino alguien que sigue hablando a los hombres de nuestro tiempo. Estamos reunidos no para reflexionar sobre una historia pasada, irrevocablemente superada. Pablo quiere hablar con nosotros hoy “[...] él no es [...] una figura del pasado, que recordamos con veneración. Él es también nuestro maestro, apóstol y anunciador de Jesucristo”.

Estamos reunidos para interrogarnos sobre el gran apóstol de los gentiles. Nos preguntamos, no solo: Nos preguntamos no solo quién era San Pablo, sino también, y sobre todo, quién es este apóstol y que nos dice a todos hoy en día². No cabe duda de que, después de Jesús de Nazareth, el apóstol tarsiota es el personaje que más encontramos en el Nuevo Testamento³ y, por tanto, del que más poseemos información. Un modo sencillo e interesante de realizar un primer acercamiento a la figura de San Pablo puede ser la entrevista. Viajaremos en el tiempo y nos ubicaremos en el año 64 d. C.⁴, en la ciudad de Roma, gobernada por el tirano Nerón. El apóstol se encuentra encarcelado como consecuencia de la persecución ordenada por el emperador. Allí, en la prisión, hablaremos entonces con Pablo y le preguntaremos cuestiones en torno a su vida y pensamiento, y así tendremos la oportunidad de escuchar a este *μωρὸς διὰ Χριστόν*⁵ (cf. I Cor 4,10), capaz de apasionarnos por Jesucristo y su misión pues, aunque el apóstol se encuentre privado de la libertad, «la Palabra de Dios [que predica] no está encadenada» (2Tm 2,9b).

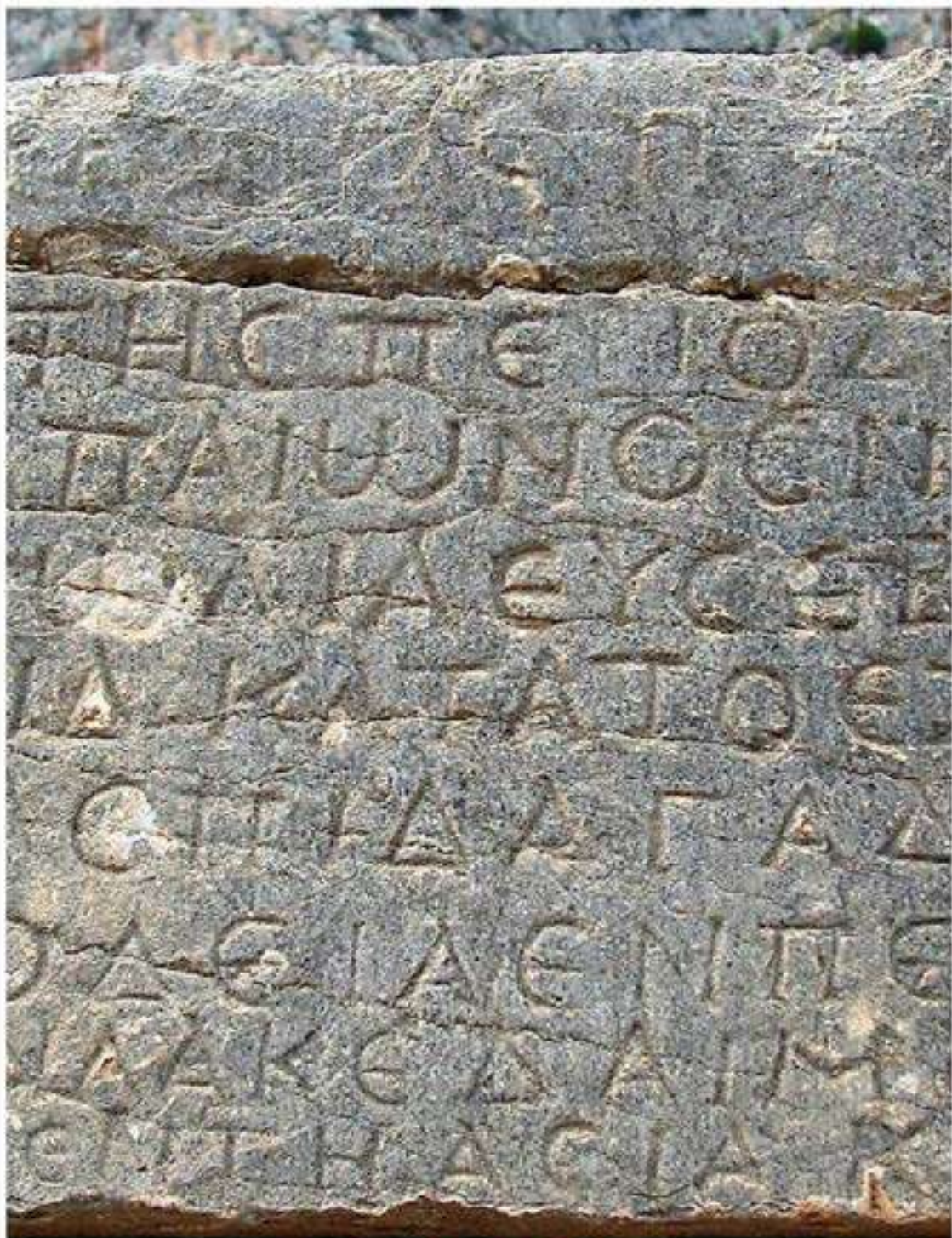
¹ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Panegírico*, 7,3.

² *Homilía del Papa Benedicto XVI*, el 28 de junio de 2008, al inaugurar el año santo paulino.

³ «En los Hechos de los Apóstoles Pablo desempeña el papel principal en la misión de difusión del evangelio: desde Antioquía de Siria (cf. Hch 13,1) hasta Roma (cf. Hch 28,31). Su *theologia crucis* reverbera en el evangelio de Marcos, que es el más antiguo (entre el 65 y el 70 d. C.), y su visión de la salvación o de la soteriología influye, sustancialmente, aquella del evangelio de Lucas. La primera carta de Pedro retoma, en varias partes, la trama y las diversas temáticas del epistolario paulino, como la salvación en Cristo, la comprensión del Espíritu y la generación de los creyentes por la palabra. En la segunda carta de Pedro [...]” el autor toma partido a favor de Pablo contra cuantos instrumentalizan su mensaje (cf. 2Pe 3,15-16)» (A. PITTA, *L’evangelo di Paolo*, 12).

⁴ A lo largo de la presente entrevista aparecerán algunos datos cronológicos. Por esta razón, considero importante que se tenga en cuenta que para determinar la cronología de la vida del apóstol solo poseemos un dato seguro, aportado por la arqueología: se trata de la llamada *inscripción de Delfos*. Durante las excavaciones del templo de Apolo, en Delfos (Grecia), entre los años 1892 y 1903, se encontró una inscripción que reproduce el texto de una misiva del emperador Claudio dirigida a los habitantes de Delfos. Dicho texto fue publicado por primera vez en 1905. La carta de Claudio, enviada desde Roma entre los meses de abril y julio del año 52 d. C. y en la que se menciona a Lucio Anneo Galión, con los títulos de «amigo mío» y «procónsul», constituyó la respuesta imperial al informe presentado por el mismo Galión, hacia el final de su mandato, acerca de los problemas demográficos de la ciudad-santuario de Delfos. Hoy, gracias a los estudios de la arqueología y de la sociología, sabemos que el oficio de procónsul, en aquel entonces, duraba un año. Esto quiere decir que Galión, con toda probabilidad, estuvo en Corinto desde la primavera-verano del 51 hasta la primavera del 52 d. C. Pablo habría comparecido ante él (cf. Hch 18,12-16) a finales del año 51 o inicios del 52, o sea, cuando estaba por terminar su labor evangelizadora en la capital de la provincia de Acaya que, según Lucas, tuvo una duración de «un año y seis meses» (Hch 18,11). Con base en estos datos, podemos afirmar que la llegada del apóstol a Corinto tuvo lugar, muy posiblemente, en el año 50 d. C. Cf. R. PENNA, *L’ambiente storico-culturale*, 234-235; R. FABRIS – S. ROMANELLO, *Introduzione*, 10-11; BROWN, R.E., *Introducción al Nuevo Testamento*, II, 571-572. «A partir de este dato hay que reconstruir, hacia delante y hacia atrás, los sucesos principales de la vida y actividad de Pablo» (A. PIÑERO, *Guía para entender a Pablo de Tarso*, 30).

⁵ «Loco por Cristo».



Inscripción de Delfos

Entrevistador: ¡Salve! venerable apóstol de Cristo. Te agradecemos por concedernos una parte de tu tiempo para dialogar en torno a tu vida. Podemos empezar con una pregunta muy sencilla en la que nos hables sobre tu doble nombre. Muchos creen que, antes de tu encuentro con Jesucristo en la vía que conduce a Damasco, te llamabas Saulo y que después de dicho encuentro te empezaste a llamar Pablo. ¿Qué podrías decirnos acerca de esto?

Pablo: «Gracia y paz a ustedes, de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo» (Rm 1,7b). Soy yo quien les agradece por querer conocer al «último de los apóstoles» (1Cor 15,9). Si bien es cierto que en las distintas cartas que he escrito a mis comunidades suelo presentarme como «Pablo» ⁶, realmente mi nombre completo es Saulo Pablo ⁷. En esta época es común que los varones llevemos dos nombres. Seguramente han escuchado hablar de Silas y de Marcos, dos conocidos míos. Pues bien, el primero se llama Silas Silvano (cf. Silvano 1Ts 1,1; Silas Hch 16,29; 17,4) y el segundo, Juan Marcos (cf. Hch 12,25; 15,37). Generalmente, el primer nombre es de origen hebreo, o sea, propio de nuestra raza. El segundo, de origen latino, debido a la gran influencia del Imperio Romano en nuestras ciudades, pueblos y aldeas.

Hablemos de mi primer nombre: Saulo. O pueden decirme también Saúl, es lo mismo. Algo que siempre me ha parecido significativo es que mi nombre es un participio pasivo, procedente del verbo hebreo שָׁאַל, šā'al, que traduce «pedir, rogar». Siendo, por tanto, un participio mi nombre podría significar «pedido o rogado». ¿Pedido o rogado a quién? Obviamente, al Bendito por los siglos, el Señor, el Dios de Israel. Mis padres me pusieron este nombre en honor a Saúl, el primer rey de Israel (cf. 1Sa 10), el descendiente más célebre de la tribu de Benjamín, de la cual provengo yo (cf. Rm 11,1; Flp 3,5). Mi segundo nombre, Pablo, es de origen latino y muy difundido en el Imperio. He escuchado muchas explicaciones de este nombre; a mí me gusta la de «pequeño» —no tanto por mi aspecto físico ⁸— porque «con sumo gusto me glorío sobre todo en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo» (cf. 2Cor 12,9-10).

E/. ¿Podrías hablarnos un poco de tu infancia?

P/. ¡Claro que sí! Lo primero que les comparto es que, cuando nací ⁹, Jesús, el Mesías, tenía entre diez a quince años de edad. Conforme a las tradiciones de mi pueblo (cf. Gn 17,12; Lv 12,3) me circuncidaron ¹⁰ ocho días después de mi nacimiento (Flp 3,5).

⁶ Rm 1,1; 1Cor 1,1.12.13(x2); 3,4.5.22; 16,21; 2Cor 1,1; 10,1; Ga 1,1; 5,2; Flp 1,1; 1Ts 1,1; 2,18; Flm 1,1.9.19. Ver también: Ef 1,1; 3,1; Col 1,1.23; 4,18; 2Ts 1,1; 3,17; 1Tm 1,1; 2Tm 1,1; Tit 1,1.

⁷ «Es oportuno precisar que el doble nombre no se debe al paso del “Saulo judío” al “Pablo cristiano”, sino que le fue dado desde su nacimiento. Sin embargo, en sus cartas prefiere presentarse solamente con el nombre de origen latino: *Páulos*» (cf. A. PITTA, *L'evangelo di Paolo*, 17).

⁸ En un apócrifo cristiano, datado del s. II d. C., denominado *Hechos de Pablo y Tecla* encontramos la descripción más antigua del aspecto físico del apóstol: «Era un hombre de baja estatura, la cabeza calva, las piernas en forma de arco, el cuerpo vigoroso, cejas pobladas, nariz algo saliente, lleno de amabilidad; en efecto, a veces tenía las semblanzas de un hombre, a veces el aspecto de un ángel» (*Hechos de Pablo y Tecla*, 2-3).

⁹ La inmensa mayoría de estudiosos acepta que Saulo Pablo nació entre los años 5 – 10 d. C.

¹⁰ «La circuncisión es el signo somático o corporal de la alianza. Abraham habría recibido la orden de circuncidarse a la edad de 99 años (cf. Gn 17,1-12). La tradición posterior sitúa la circuncisión de Abraham el día del Kippur. Esta asociación confiere un valor de expiación al rito. El origen de la circuncisión es oscuro: rito de pubertad o de iniciación al matrimonio, o incluso símbolo de la ofrenda de las primicias del recién nacido. Muchas sociedades la han practicado sin explicarla. El Judaísmo le dio y mantiene una hermenéutica: uno se inscribe en el orden genealógico, solo por una referencia a algo distinto de la genealogía, porque la filiación no consiste sólo en ocupar un lugar en la cadena biológica» (F. MANNS, *Le Judaïsme. Milieu et Mémoire du Nouveau Testament*, 89).

Mis padres eran judíos y habitaban fuera de Jerusalén, o sea, en la diáspora ¹¹. Tenían la ciudadanía romana, privilegio que de ellos heredé (cf. Hch 16,37; 22,25; 23,27)¹².



El lugar de mi nacimiento fue Tarso de Cilicia ¹³ (cf. Hch 22,3), una ilustre ciudad del Asia Menor. Seguramente ustedes saben que Tarso es famosa por sus escuelas de retórica y porque sus habitantes aman y cultivan las letras y las artes.

Fue en esa ciudad donde transcurrieron mis años de infancia, en completa normalidad y tranquilidad, al lado de mis padres, de quienes aprendí no sólo la lengua griega, sino también la fe y las tradiciones de nuestros antepasados, así como algunos oficios.

Mi padre, por ejemplo, me enseñó a fabricar tiendas ¹⁴ (cf. Hch 18,3). Esta labor me ha ayudado a sostenerme económicamente ¹⁵. Aún en me dio de mis campañas misioneras, he ejercido esta profesión (cf. ITs 2,9; I Cor 4,12; Hch 20,34). Sé que tengo derecho a ser mantenido por las comunidades que he fundado (cf. I Cor 9,14), pero nunca he querido ser una carga para nadie (cf. ITs 2,9), ni mucho menos dar la sensación de predicar el evangelio para lucrarme (cf. I Cor 9,12).

¹¹ Pablo era un judío de la diáspora. Es importante recordar, cómo en épocas del Imperio Griego el judaísmo se expandió por muchos lugares, hasta el punto de que, en época del apóstol, eran más los judíos que habitaban fuera de Palestina, que los residentes allí.

¹² «Pablo no dice en ningún lugar de sus cartas que fuera ciudadano romano, pero sí lo sostiene Hechos de los Apóstoles [...] y ciertamente se podía ser tarsiota y ciudadano romano a la vez. Hay autores modernos que tampoco se fían de esta afirmación lucana, puesto que Pablo sufrió muchos castigos durante su vida (cárceles, azotes, apedreamientos: 2Cor 11,24ss), que hubiera podido evitar manifestando que él era ciudadano romano (cf. Hch 22,25ss). La razón principal para defender que Pablo lo fuera es su apelación al César (Hch 25,10-12). Pero, se argumenta, cualquier habitante libre del Imperio podía apelar al emperador. Ahora bien, si se demostraba que la atribución a sí mismo de la ciudadanía romana era falsa, podía ser ejecutado. Por tanto, podría aceptarse el dato de Hch, aunque con algunas dudas» (A. PIÑERO, *Guía para entender a Pablo de Tarso*, 30; véase también: J.D. CROSSAN – J.L. REED, *En busca de Pablo*, 19-20).

¹³ Al sur de la actual Turquía.

¹⁴ «Según una regla rabínica, “el hombre tiene el deber de enseñar a su hijo un oficio. Quien no enseña a su hijo un oficio lo invita a volverse un ladrón”. El trabajo que Pablo realizó durante su vida era común en la región: Cilicia, de la cual Tarso era la capital, tenía numerosos rebaños de cabras, cuyas ásperas pieles eran usadas en la fabricación de sólidos tejidos» (G. PEREGO, *Atlante Bíblico*, 94).

¹⁵ En el s. I d.C. los fabricantes de tiendas no se situaban entre los ricos, aunque tampoco entre los pobres. «Más bien formarían parte de la “clase media”, en la que entraban los artesanos por cuenta propia» (S. LÉGASSE, *Pablo apóstol*, 58).

Como los demás niños judíos de mi ciudad, junto con mis padres acudía a la sinagoga¹⁶ con asiduidad. Allí, además de escuchar las Santas Escrituras de nuestro pueblo, tuve la oportunidad de aprender el hebreo (Hch 21,40; 22,2; 26,14¹⁷) y el arameo¹⁸.

Dado que no hubo ningún episodio extraordinario en esos años de infancia, no hago ninguna alusión en las cartas a este periodo de mi vida¹⁹.

El. ¿Y de tu juventud?

P/. De mi juventud quizá lo que mejor recuerdo, pues eso me emocionó bastante, fue mi ingreso a la ישיבה (yēšîbah)²⁰ más famosa de Jerusalén, donde se forman los fariseos²¹. Hacía poco, yo había cumplido la mayoría de edad —trece años²²— convirtiéndome en bar mitzwah²³ (“hijo del precepto”). No veía la hora de ir a la ciudad sagrada, con el fin de formarme más profundamente en la ley de Moisés.

¹⁶ La sinagoga es, ante todo, lugar de lectura y estudio de las Escrituras Sagradas y de oración. Un problema siempre discutido entre los arqueólogos es el del origen de este lugar. En algo que todos coinciden es en la aceptación de su existencia en Palestina en el periodo del Nuevo Testamento. No son pocos los textos bíblicos y extrabíblicos que confirman este dato (cf. Mt 13,54; Jn 6,59; Hch 9,2; 13,15; 14,1; 17,1.16-17; 18,4-8.19-20; 19,8; Flavio Josefo en Vita 277; Antigüedades 19,300; Guerra 2,285; Filón de Alejandría en Legatio ad Gaium 132,156,311; in Flaccum 47). Para profundizar en lo expuesto en esta nota: F. MANNS, *La Preghiera d'Israele al tempo di Gesù*, 116-120.

¹⁷ Aunque los pasajes aquí citados dicen solamente hebreo nada nos puede llevar a dudar del conocimiento

¹⁸ Posiblemente Pablo conocía el latín, aunque no a profundidad.

¹⁹ Tampoco el evangelista Lucas en el segundo volumen de su obra, *Hechos de los Apóstoles*, ofrece datos de la infancia de Saulo Pablo.

²⁰ Esta palabra designa la escuela rabínica, donde los discípulos se sientan a los pies del maestro para escucharlo y aprender de él.

²¹ Para comprender a Saulo Pablo es importante tener una justa mirada sobre el fariseísmo de su época. Desafortunadamente, nuestra concepción de este grupo depende de la manera como lo entienden y presentan los evangelios (especialmente, Mateo y Juan). Estos escritos surgen en un ambiente de polémica entre el movimiento de Jesús y los fariseos y por ello la imagen que nos ofrecen del fariseísmo es negativa. Pero hay que decir que los fariseos se caracterizaban por su dedicación al estudio de la ley, como expresión de la voluntad de Dios, y por su esfuerzo por vivirla a cabalidad. A diferencia de lo que presentan los evangelios, los fariseos se caracterizaban por tener una actitud de apertura para con quienes no pertenecían a su grupo.

²² La mayoría de los textos talmúdicos pone a la edad de 13 años la madurez física y la responsabilidad. Otros textos a los 12. Se cree que a esa edad los jóvenes son capaces de dominar el mal. Cf. F. MANNS, *Gesù Figlio di Davide*, 51.

²³ «Con la ceremonia del bar *mitzwah* la persona adquiere los derechos y responsabilidades de un adulto. Desde ese momento es responsable por el seguimiento de los mandamientos de la Torá y de ponerse los *Tefilín* (— «estuches de cuero que contienen los textos del Éxodo 13,1-10; 11-16; Deuteronomio 6,4-9; 11,13-21. Estos estuches se amarran en el brazo izquierdo y en la frente, según la prescripción de Deuteronomio 6,8»—) todos los días. La costumbre es que después de haber recibido la instrucción religiosa y haber comenzado a colocarse los *tefilín* en las oraciones matutinas, el joven es llamado a la *Torah* el *Shabbat* posterior a la fecha de su cumpleaños. El joven leerá la *parashá*, es decir, los rollos sagrados de ese día, o por lo menos pronunciará las bendiciones de la lectura de la *Torah*. A continuación, el padre, parado junto a su hijo, declarará con orgullo y emoción: “Bendito sea quien me ha liberado de la responsabilidad por este hijo”» G. LANCASTER-JONES CAMPERO, *El mundo en que vivió Jesús*, 26. La nota entre corchetes: F. MANNS, *Gesù Figlio di Davide*, 242. Para F. Manns la descripción de la ceremonia del *bar mitzwah* aparece en textos tardíos, posteriores a la época de Pablo. Esto no significa que dicho rito no pudiera ya existir en tiempos del apóstol. El texto más famoso que hace referencia a este momento tan importante en la vida de un varón judío se encuentra en la *Mishná Avot*: «A los cinco años la Biblia, a los diez la *Mishná*, a los trece la práctica de los mandamientos, a los quince el Talmud, a los dieciocho las bodas». Cf. F. MANNS, *Maria e la nascita di Gesù*, 107.



Dicha escuela era dirigida por Rabban Gamaliel ²⁴, hombre de grande equilibrio y sabiduría (cf. Hch 5,33-40). A sus pies me hice fariseo ²⁵ (cf. Hch 23,6; 26,5; Flp 3,5) aprendiendo la manera correcta de comprender e interpretar la Torá ²⁶. Desde aquel entonces me caractericé por ser un apasionado defensor y propagador de las tradiciones y costumbres de nuestros padres (cf. Hch 22,3).

En los años de formación en Jerusalén pude seguir practicando mi profesión de fabricante de tiendas. Además, en dicho periodo de mi vida, conocí a grandes oradores que hablaban elegantemente de selectos temas en las plazas públicas de la ciudad. Acerca de esto último, no puedo negarles que la retórica me ha llamado siempre la atención, y aunque no he frecuentado ninguna escuela del «arte de la persuasión», he aprendido numerosas técnicas de comunicación escuchando atentamente a aquellos oradores.

²⁴ Gamaliel, conocido como *el Viejo*, fue jefe de la escuela de los fariseos en Jerusalén, en la primera mitad del s. I d. C. Se opuso a la persecución de los apóstoles (cf. Hch 5,33-40). Era nieto de Hillel, principal representante de la escuela farisaica “liberal”: tal corriente era particularmente abierta tanto en el concebir las relaciones con el mundo griego, como en el exigir la observancia de las distintas prescripciones de la ley. La tradición rabínica atribuye a Gamaliel el título de *Rabban*, mostrando así una particular estima hacia él. Cf. G. PEREGO, *Atlante Biblico*, 94.

²⁵ Actualmente, se discute bastante si Saulo Pablo fue fariseo y si se formó en Jerusalén, a los pies de Gamaliel. Para A. Pitta el fariseísmo se caracterizaba por la fe en la resurrección, la exigencia de adaptar la ley de Moisés a las diversas situaciones de la vida religiosa y política, la tendencia a interpretar la Escritura más allá de la letra y la comprensión de la vida como culto. Todos estos elementos estuvieron presentes en la predicación de Saulo Pablo (cf. Rm 12,1-12; Flp 3,3), lo cual nos permite afirmar que, en verdad, él incursionó en dicho movimiento. Cf. A. PITTA, *L'evangelo di Paolo*, 21. En cambio, para otros estudiosos «el texto de Ga 1,22-23 [...] es contundente, decisivo y negativo en lo que respecta a una estadía prolongada del apóstol en Jerusalén [...] Y si se discute fuertemente la estadía paulina en Jerusalén, se pone en duda la formación farisea estricta de Pablo, salvo que hubiera pasado — cosa que tampoco sabemos — mucho tiempo en Damasco y hubiera recibido allí formación de este tipo. Otros investigadores defienden que es sumamente improbable que un fariseo auténtico hubiera utilizado en su argumentación una Biblia no hebrea, sino su versión griega, aunque sus lectores fueran gentiles que no sabían la lengua sagrada. Lo lógico sería que, habiéndose formado en el fariseísmo utilizando siempre la Biblia hebrea, empleara en hebreo los textos bíblicos que traduciría al griego él mismo. Pero no es así; Pablo utiliza directamente una versión parecida a los LXX. En conclusión, al autodenominarse “fariseo” Pablo habría utilizado este término de un modo distinto, amplio, más como defensor de las ideas fariseas que como experto en razonamientos “rabínicos”. Y para ello no habría sido preciso que hubiera pasado años de su juventud a los pies de ningún maestro famoso en Jerusalén. Habrían bastado su despierta inteligencia y su espíritu celoso de la ley para asimilar lo principal del fariseísmo, sobre todo a partir de las disquisiciones sinagogaes, quizás en Tarso o en Damasco» (A. PIÑERO, *Guía para entender a Pablo de Tarso*, 34-37).

²⁶ «El término “Torá” puede usarse de diferentes modos en textos y tradiciones judías, por lo cual puede traducirse por diversos términos en español. El equivalente más usado en español es “ley” [...] Y, ciertamente, la “ley” es un elemento importante de la Torah. [Sin embargo,] el mejor modo de captar la gama de sentidos que la palabra “Torah” tiene en español es entenderla como enseñanza o instrucción, es decir, instrucción de Dios. De hecho, desde el Génesis hasta el Deuteronomio encontramos más relatos que mandamientos, y los relatos eran considerados como una fuente de instrucción divina exactamente igual que las partes legales. Además, si bien la Torah se refiere al texto (o conjunto de textos), también indica el modo de vida que vincula al pueblo judío con Dios. La expresión “guardar” la Torah significa mucho más que la simple conservación de los textos en su forma material; significa estudiarla y enseñarla diligentemente, vivir de acuerdo con sus principios y usarla en la resolución de las controversias dentro de la comunidad. Para expresarlo sucintamente la Torah es más que un texto escrito; es un modo de relacionarse con Dios [...] La Torah constituye la alianza entre Dios y el pueblo. No solo el pueblo tiene obligaciones con respecto a Dios, sino que también Dios hace promesas que son sus obligaciones con respecto al pueblo» (P. EISENBAUM, *Pablo no fue cristiano. El mensaje original de un apóstol mal entendido*, 126-127).



Fariseos

E/. Seguramente has oído que algunos te llaman «hombre de tres culturas: judía, griega y romana»²⁷. ¿Qué piensas de esto? ¿Estás de acuerdo?

P/. Bien saben ustedes que soy hebreo de nacimiento y de religión. En Tarso aprendí a expresarme en la lengua y en las formas del helenismo. Además, soy ciudadano romano y conozco muy bien la organización político-administrativa del Imperio. Por todo esto, creo que no se equivocan los que me llaman «hombre de tres culturas». Me parece un poco raro ese título, pero lo acepto.

En relación con mis orígenes judíos, recuerdo lo que escribí a los corintios en la última de las misivas que les envié (con estas palabras quise hacer frente a mis adversarios que negaban mi autoridad apostólica): «¿Ellos son hebreos? También yo lo soy. ¿Que son israelitas? ¡También yo! ¿Son descendencia de Abrahán? ¡También yo!» (2Cor 11,22). En la más reciente de mis cartas — muy seguramente, la última, pues sé que «he llegado a la meta en la carrera (2Tm 4,7b)» — escrita durante mi arresto domiciliario aquí en Roma (cf. Hch 28,28-31), poco antes de ser encerrado en esta oscura, fría y muy húmeda celda, digo a mis amadísimos filipenses: «Fui circuncidado el octavo día; del linaje de Israel; de la tribu de Benjamín; hebreo e hijo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo» (Flp 3,5). Que a nadie quepa la menor duda de que en verdad pertenezco, desde mi nacimiento, al pueblo que el Bendito por los siglos ha llamado y elegido de entre todas las naciones de la tierra. Tan consciente soy de la predilección del Eterno hacia mis hermanos de raza y religión que en mi más extensa epístola escribí: «De los israelitas es la adopción filial, la gloria, las alianzas, la legislación, el culto, las promesas, y los patriarcas; de ellos también procede Cristo según la carne, el cual está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos. Amén» (Rm 9,3-5).

Créanme: ¡Nunca he negado ni negaré mi matriz judía!²⁸ Aunque acepto y predico a Jesucristo como el Mesías, y «por él estoy sufriendo hasta llevar estas cadenas como un malhechor» (2Tm 2,9), sigo creyendo en las Escrituras Sagradas de mi pueblo (cf. Rm 1,2), profesando la misma fe en el Único Dios de Abraham, Isaac y Jacob (cf. 1Cor 8,6a) y anhelando con todo mi ser el «día del Señor» (cf. 1Cor 5,5; 1Ts 5,2; etc.). Soy verdaderamente israelita; solo que ahora ¡lo soy en Cristo!²⁹. Su muerte y su resurrección se han convertido en la manera como comprendo y vivo mi relación con el Dios de nuestros Padres.

²⁷ Para el desarrollo de esta pregunta seguimos de cerca a S.N. BRODEUR, *Il cuore di Paolo è il cuore di Cristo*, I, 67-72.

²⁸ «Es significativo, en este sentido, que cuando Pablo alude a su condición judía lo haga: a) en presente, no en pasado (cf. Rm 11,1; 2Cor 11,22; Ga 2,15; Flp 3,3-6); y b) en términos no sólo étnicos, sino también y ante todo religiosos, contraponiendo la expresión “judíos de nacimiento” a la expresión “gentiles pecadores” (cf. 2,15), así como el hecho de que él mismo nos informe de que estaba — como cualquier otro judío, cabe inferir — sujeto a las normas dictaminadas por las autoridades judías (cf. 2Cor 11,24)» (C.A. SEGOVIA, *Por una interpretación no cristiana de Pablo de Tarso*, 80).

²⁹ R. PENNA, «Paolo di Tarso, l'imprevisto», 146. «Los lectores modernos de Pablo tienden a suponer que los fariseos y otros judíos considerarían que Pablo era un apóstata, un hereje, que ya no formaba parte de la comunidad judía por su fe en Jesús, y que, por consiguiente, no era realmente judío. Sin embargo, en el contexto del siglo I, el hecho de que Pablo creyera en Jesús no lo hacía menos judío. La fe en un salvador mesiánico es una idea propiamente judía, como puede demostrarse por una analogía histórica. Solo medio siglo después de que Pablo escribiera sus cartas, rabí Aquiba, uno de los más venerados de todos los rabinos de la antigüedad, creía que el Mesías había llegado en su época, únicamente que su nombre no era Jesús, sino Bar Kochba. No todos los judíos pensaban entonces que Bar Kochba fuese el Mesías, y, después de que este fracasara en su rebelión contra los romanos y muriese, quedó claro que rabí Aquiba se había equivocado. Pero nunca se ha calificado a rabí Aquiba de hereje, y sus enseñanzas siguen gozando de autoridad hasta el presente, pues se conservaron en la Mishná y en el Talmud. Por consiguiente, la fe de Pablo en Jesús no lo habría tildado de hereje (un incordio [molesto], tal vez) pero no un hereje» (P. EISENBAUM, *Pablo no fue cristiano. El mensaje original de un apóstol mal entendido*, 25-26).



Hombre judío. Marc Chagall

Les aclaro, también, que nunca he pretendido fundar una nueva religión, ni tampoco reformar el judaísmo. Al escribir cada una de mis cartas jamás me propuse corregir o reemplazar las tradiciones de mi pueblo. Mi único anhelo ha sido que los gentiles se incorporen, como hijos adoptivos, al verdadero Israel, que sabe reconocer a Jesús como el Mesías. ¿De quién he aprendido esto? Claramente del mismo Cristo, que siempre se mostró abierto a acoger a todos, especialmente a los rechazados por la sociedad. Debo confesarles que me entristece sobremanera el hecho de que mis hermanos, los judíos, no se den cuenta de que estamos en el tiempo que Dios ha destinado para la incorporación de los gentiles en nuestro pueblo. Con Jesús se ha inaugurado este tiempo.

Dejando a un lado la cuestión de mis raíces judías, les hablaré de mi relación con el fascinante mundo griego. Lo primero que les comparto es que, desde muy pequeño, aprendí la lengua griega. En ella leo las Sagradas Escrituras y les digo la verdad: prefiero la traducción griega, esa que llamamos de los LXX³⁰, más que los textos en hebreo, la lengua original. Mis más de siete misivas³¹ han sido redactadas en griego y en ellas, para expresar mis ideas, he creado neologismos y he conferido nuevas significaciones a términos antiguos.

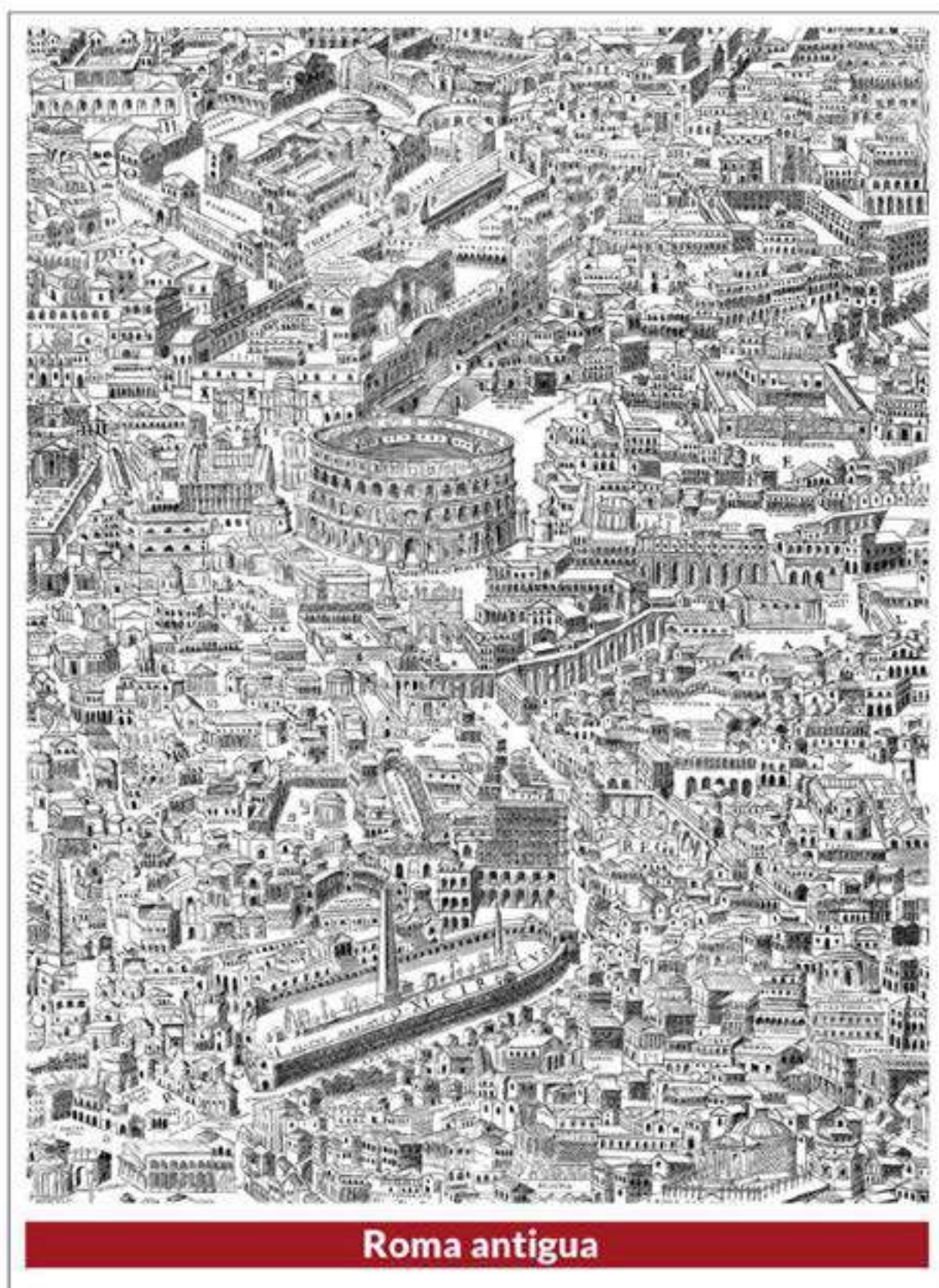
Entenderán ustedes que, habiendo nacido en el seno de una familia de estricta observancia judía y habiéndome formado como fariseo, me fue imposible frecuentar una escuela pagana, pues allí, entre otras cosas, se estudia una literatura que proclama la existencia de dioses falsos y amorales, y esto claramente va en contravía de nuestra fe y de nuestras costumbres. Sin embargo, nada de esto fue impedimento para que yo, a título personal, me adentrara en el pensamiento helénico. Conozco muy bien algunas ideas profesadas y difundidas por los cínicos, los epicúreos y, especialmente, los estoicos. Recuerden, de una parte, que mi ciudad natal es considerada una de las patrias del estoicismo y, de otra, que durante mis años de infancia y de juventud pude oír decenas de discursos en las fiestas y en los juicios públicos. En muchas ocasiones me detuve a escuchar a filósofos itinerantes, tanto en mi nativa Tarso como en mi amada Jerusalén. Créanme que mis conocimientos en torno a la cultura griega no son pocos, ni tampoco superficiales³². A pesar de esto, en mis escritos no encontrarán citaciones de filósofos o de poetas griegos³³.

³⁰ Sin duda, el trasfondo cultural más importante en Pablo es la *Tanak* o Escrituras Sagradas de Israel. Al analizar las referencias al Antiguo Testamento que aparecen en sus cartas podemos deducir que el apóstol seguía principalmente (no exclusivamente) el texto griego conocido como la Septuaginta o los LXX (o una versión muy parecida a esta), obviamente sin desconocer o ignorar el texto hebreo. Hay que añadir que Pablo no citaba siempre de memoria las Escrituras, sino que tenía ante sus ojos un texto escrito. No sabemos si poseía la *Tanak* completa (algo muy raro en la época) o solo florilegios o colecciones de *haftarot*, de las secciones que se leían en las sinagogas, sobre todo de la Ley, los Salmos y los Profetas. Cf. A. PIÑERO, *Guía para entender a Pablo de Tarso*, 32-33.

³¹ Actualmente, la inmensa mayoría de estudiosos acepta que las cartas auténticas de Pablo, a las que se les da el nombre de *protopaulinas*, son siete: Romanos, 1 y 2 Corintios, Gálatas, Filipenses, 1 Tesalonicenses y Filemón. Además de las *protopaulinas*, el apóstol escribió otras misivas que no se han conservado. Tenemos noticias de dos de ellas. En 1 Cor 5,9-11 Pablo se refiere a una carta que redactó antes de la que nosotros llamamos “Primera Corintios”. Dicha carta, que contenía una serie de prohibiciones de cara al trato con los hermanos inmorales, se extravió. La otra carta es mencionada en 2 Cor 2,4; 7,8-9. Dicha misiva, conocida como “la carta de las muchas lágrimas”, también se extravió.

³² «Pablo no es, pues, ni un judío teñido de helenismo ni un griego teñido de judaísmo. Es, con la máxima fuerza posible, totalmente judío y totalmente griego» (J. SÁNCHEZ BOSCH, *Nacido a tiempo*, 24).

³³ «En sus cartas solo se hallan máximas o lugares comunes de la sabiduría popular y de los filósofos y dramaturgos popularizados. Incluso cuando parece citar a Menandro (Tais, 218 = 1 Cor 15,33), probablemente no hace otra cosa que repetir un tópico literario convertido ya en refrán (se puede citar el dicho “La religión es el opio del pueblo” sin haber leído *El Capital* de Karl Marx)» (A. PIÑERO, *Guía para entender el Nuevo Testamento*, 257).



No puedo dejar de mencionarles aquí que toda mi acción evangelizadora se ha desarrollado en un clima cultural helénico: los pueblos que han recibido el anuncio evangélico de mis labios están fuertemente influenciados por la lengua y el pensamiento griegos. Esto me ha obligado a expresarme, sea de manera oral que escrita, en categorías comprensibles para ellos.

Finalmente, ¿qué puedo decirles de mi relación con el mundo romano? Ya saben que soy ciudadano de este Imperio, privilegio que conlleva, entre otras cosas, el no ser azotado por hombre alguno, ni ser condenado sin un previo y regular proceso. En mi caso, dichas garantías no se han dado plenamente, ya que en mis viajes misioneros «tres veces fui azotado con varas» (2Cor 11,25), por anunciar a Jesucristo³⁴, y aquí en la cárcel llevo ya bastante tiempo esperando ser procesado para tener así un dictamen definitivo.

Siempre me he caracterizado por respetar a las autoridades del Imperio; incluso a mis discípulos les he enseñado, de una parte, a someterse a ellas, «pues no hay autoridad que no provenga de Dios, y las que existen, por Dios han sido constituidas» (Rm 13,1). Y de otra, a hacer «plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracias por [...] los reyes y por todos los constituidos en autoridad, para que podamos vivir una vida tranquila y apacible con toda piedad y dignidad. Esto es bueno y agradable a Dios, nuestro Salvador» (1Tm 2,1-4).

El respeto del que les acabo de hablar no significa que yo comparta la divinización de los emperadores, ni mucho menos su actuar violento para someter cada día a más pueblos. Me molesta bastante cuando ellos mismos se atribuyen títulos como hijo de Dios, Dios y Dios de Dios, señor, redentor y salvador del mundo. El único que merece estos títulos es Jesucristo, el Rey, a quien yo sirvo y predico. Para terminar mi respuesta les digo que, desde muy joven, me ha fascinado el excelente sistema de carreteras que tiene el Imperio. Para mi propósito de dar a conocer a Cristo a todos los hombres, esto ha sido muy favorable, pues he podido desplazarme de una región a otra sin mayores contratiempos, llegando a bastantes lugares y encontrando a muchas personas.

E/. Antes de conocer y aceptar a Jesús como el Mesías, perseguías a los que pertenecen a «el Camino»³⁵ (así es como tu amigo Lucas llama a los que creen en Jesús). Cuéntanos un poco de aquella experiencia. ¿Por qué lo hacías? ¿Qué te molestaba de estas personas?

P/. Como ya les dije cuando les hablé de mi juventud, fui formado como fariseo en Jerusalén. Esta formación me llevó a una observancia fiel de la Torá, que, sinceramente, rayaba en el fanatismo³⁶. Esto hizo que viera con malos ojos todo aquello que pudiera oponerse a nuestra

³⁴ Escritores antiguos testimonian violaciones a la ley que prohibía azotar a los ciudadanos romanos, no obstante las severas penas con las que se castigaba a los transgresores de dicha ley. Al respecto, Flavio Josefo relata: «Detuvieron a muchas personas pacíficas y las condujeron ante Floro, que, tras mandar azotarlas, las crucificó. Unos tres mil seiscientos fue el número total de los que murieron aquel día, contando a las mujeres y a los niños, pues ni siquiera se respetó a los recién nacidos. Lo que empeoró esta desgracia fue el hecho de que los romanos obraran con una crueldad hasta entonces desconocida. Puesto que Floro se atrevió a lo que antes nadie había hecho, a saber, azotar delante de su tribuna y crucificar a ciudadanos de la orden ecuestre, que, a pesar de ser judíos, gozaban también de la dignidad romana» (*La Guerra de los judíos*, libro II, 305-308).

³⁵ El título ἡ ὁδός para referirse a los seguidores de Jesús es exclusivamente lucano (cf. Hch 9,2; 19,9.23; 22,4; 24,14.22). ¿De dónde lo tomó el evangelista? ¿Es creación suya o lo aprendió de alguna comunidad creyente? Realmente resulta difícil dar respuesta a estos interrogantes. Probablemente, este título servía para contrarrestar el de “secta” dado por los judíos a los cristianos (cf. (J.A. FITZMYER, *Los Hechos de los Apóstoles*, II, 20-21).

³⁶ BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 8 de noviembre de 2006.



Martirio de San Esteban. Juan de Juanes. Museo del Prado

fe judía (cf. I Cor 15,9; Ga 1,22-23; Flp 3,6). Aunque no conocí personalmente al Señor Jesús, sí había escuchado que no pocos judíos en Jerusalén y en Judea estaban predicando que aquel que había sido crucificado por manos romanas ahora estaba vivo. Estos seguidores del resucitado proclamaban, además, que Jesús era el Mesías y —¡algo más grave todavía!— que era Dios. Les confieso que todo esto yo lo consideraba una blasfemia, una terrible ofensa al Dios Único de Israel. En mi cabeza no cabía la idea de que un crucificado, es decir, «un maldito» (cf. Ga 3,13b; Dt 21,23) fuera el Mesías y, mucho menos, el Dios Eterno hecho hombre. Era claro que «el nuevo movimiento que se inspiraba en Jesús de Nazareth constituía un peligro, una amenaza para [nuestra] identidad judía, para la auténtica ortodoxia de los Padres»³⁷. Por esta razón decidí perseguirlos sin descanso³⁸, con el fin de que abandonaran esas falsas doctrinas. Yo hacía estragos en la Iglesia; entraba por las casas y me llevaba por la fuerza a hombres y mujeres, y los metía en la cárcel (cf. Hch 8,3). Seguramente, ustedes saben que yo presencié la lapidación de Esteban (cf. Hch 7,58; 8,1). En aquel entonces, si mis cálculos no me fallan, yo tenía unos treinta años de edad³⁹.

Hoy sé que ya Jesús había advertido a sus discípulos acerca de las persecuciones y les había dicho que «incluso llegaría la hora en que todo el que los matara pensaría que daba culto a Dios» (cf. Jn 16,2).

E/. Querido Saulo Pablo, háganos, por favor, de aquel acontecimiento que cambió para siempre tu vida ⁴⁰. Me refiero a lo que te sucedió en la vía que conduce a Damasco.

P/. Recuerdo que un día, respirando todavía amenazas y muertes ⁴¹ contra los discípulos del Señor, me presenté al sumo sacerdote ⁴² y le pedí cartas ⁴³ para las sinagogas de Damasco, para que, si encontraba allí seguidores del Camino, hombres o mujeres, pudiera yo poner freno a sus mentiras (cf. Hch 9,1-2). Damasco es una ciudad muy antigua e importante, distante de

³⁷ BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 27 de agosto de 2008.

³⁸ En Hch 9,2 Lucas emplea la forma verbal δεδεμένους (Participio perfecto pasivo acusativo masculino plural del verbo δέω, que significa “atar, amarrar, envolver”). Siendo un participio perfecto podemos comprender que la persecución de Saulo Pablo contra los seguidores de Jesús fue una acción repetitiva, permanente.

³⁹ En Hch 7,58 aparece el sustantivo νεανίας, «joven», que hace referencia a una persona cuya edad oscila entre los 20 y los 40 años.

⁴⁰ La liturgia católica llama a este evento “la conversión de Pablo”, festejándolo el 25 de enero. Sin embargo, “conversión” no es el vocablo más apropiado para describir esta experiencia paulina. Saulo Pablo «en ningún momento menciona la existencia de dos “religiones”, la judía y la cristiana; tampoco señala que se haya “convertido” de una a otra; ni siquiera que abandonara el judaísmo tras sentirse llamado para predicar a Cristo entre los gentiles. Uno puede llevar un tipo de vida u otro en el marco de una religión sin salir de ella, y cambiar de tipo de vida en el marco de una religión no significa renunciar a ella para convertirse a otra» (C.A. SEGOVIA, *Por una interpretación no cristiana de Pablo de Tarso*, 80). No podemos tampoco hablar de una “conversión moral”, pues el mismo Pablo se describe así: κατὰ δικαιοσύνην τὴν ἐν νόμῳ γενόμενος ἄμεμπτος (Flp 3,6b). K. Stendahl llama a este evento «llamada», al estilo de Isaías y Jeremías. cf. ID., *Paul among Jews and Gentiles*, 7-23.

⁴¹ La expresión «amenazas y muertes» es una endíadis (o hendíadis), cuya intención es dejar claro que en verdad Saulo Pablo perseguía sin tregua a la Iglesia de Jesús.

⁴² Desconocemos de cuál sumo sacerdote se habla aquí. «Puede haber sido Caifás, sumo sacerdote entre el 18-36 d.C., o Jonatán, hijo de Ananus, que fue sumo sacerdote por poco tiempo, durante el 36-37 d.C.» (J.A. FITZMYER, *Los Hechos de los Apóstoles*, II, 19).

⁴³ Teniendo en cuenta que el sumo sacerdote, residente en Jerusalén, no ejercía ningún tipo de autoridad sobre los judíos de la diáspora, la expresión «pedir cartas» no debe ser entendida como si Pablo hubiera obtenido de la máxima figura religiosa de la ciudad sagrada la autorización de arrestar a los cristianos residentes en Siria, sino más bien como *cartas de recomendación* expedidas por el Sanedrín y dirigidas a los jefes de las sinagogas de Damasco, con el fin de advertir sobre la peligrosidad de los seguidores de Jesús y la importancia de tomar medidas disciplinarias para detener su propagación. Cf. J. ROLOFF, *Hechos de los Apóstoles*, 202.



Cristofanía. Giovanni Battista Gaulli

Jerusalén como a unos 250 kilómetros. Allí residen muchos judíos, de los cuales, en aquel entonces, no pocos habían empezado a creer en Jesús.

Mientras iba de camino —a pie, como de costumbr— pensaba cómo detener el avance de esa “secta” que, día a día, ganaba más adeptos. Aunque aquella vía está siempre llena de viajeros, y se puede ver de todo: camellos de paso lento, cargados de mercancía, asnos que llevan odres de vino y sacos repletos de especias y de incienso, esclavos que cargan las camillas de sus amos, yo me concentraba más y más en la oración, pidiendo al Eterno que me diera fuerza para acabar con aquel engaño. De repente, el Resucitado salió a mi encuentro (cf. Flp 3,12). Por gracia de Dios fui testigo de una preciosa, confrontante e inolvidable cristofanía (cf. Hch 9,1-19; 22,5-16; 26,9-18).

Recuerdo perfectamente que, en aquel momento, me rodeó una luz venida del cielo. Caí por tierra, estaba sin fuerzas, me sentía totalmente débil. Mi orgullo y mi ímpetu quedaron derribados. Y oí una voz que me llamó por mi nombre hebreo: «Saúl, Saúl». Dos veces lo pronunció, tal y como en las Escrituras Sagradas leemos que el Bendito por los siglos hizo con algunos de nuestros antepasados (cf. Gn 22,11; Ex 3,4). Al decir dos veces mi nombre no quedaba duda de que hablaba conmigo. Él sabía quién era yo.

«¿Por qué me persigues?» añadió. «¿Quién eres, Señor?», pregunté yo. Y aquí viene aquel enunciado que cambió mi vida para siempre: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues». ¡Jesús? Sí, ¡Jesús! El mismo que había sido crucificado y que, según sus seguidores, había resucitado. ¡Era verdad! Él estaba vivo y ahora lo contemplaban mis ojos.

¿Saben qué comprendí en ese momento⁴⁴? Que el Mesías se identifica con sus discípulos. Perseguir a los creyentes es perseguirlo a Él. Entre Cristo y su comunidad hay una comunión perfecta⁴⁵.

Antes de terminar tan maravillosa cristofanía, el resucitado me habló de un tal Ananías: él me comunicaría, de parte del Señor, qué debía hacer yo. Cuando el Mesías desapareció me levanté del suelo y, aunque tenía los ojos abiertos, no veía a nadie. Estaba ciego. Pero aquella ceguera física era reflejo de la ceguera de mi mente y de mi corazón de cara al Mesías. ¡Cuán equivocado había estado yo! Durante mucho tiempo perseguí al esperado y anunciado por los profetas, al Hijo de Dios, al Eterno hecho hombre.

¡Cómo recuerdo a Ananías! Un hermano «piadoso y obediente a la ley de Moisés; todos los judíos que vivían en Damasco hablaban muy bien de él» (cf. Hch 22,12). Fue él el instrumento de Cristo para hacerme comprender que, desde aquella revelación, yo sería su σκεῦος ἐκλογῆς, o sea, su «vaso de elección» (Hch 9,15). En mí el Señor depositaría la gran verdad: ¡El evangelio de salvación es para todos los hombres, tanto judíos como paganos! Incansablemente he anunciado esta verdad «ante los gentiles, y a los reyes y a los hijos de Israel» (Hch 9,15b). Por esta verdad me encuentro ahora en prisión.

⁴⁴ Obviamente, se trata de una comprensión parcial o inicial, puesto que la comprensión plena tanto de la Persona de Jesucristo, así como de su íntima relación con sus discípulos requiere de un tiempo prolongado de oración y formación. En el caso de Saulo Pablo, las comunidades cristianas ya existentes jugaron un papel fundamental.

⁴⁵ San Agustín llamará a esta comunión el *Christus totus* (cf. In Ioh XXI,8).

También, por medio de Ananías, el Señor me habló de sufrimientos. ¿Cómo olvidar aquellas palabras? «Yo, en efecto, le mostraré todo lo que es necesario que él, a causa de mi Nombre, sufra» (Hch 9,16). No les niego que siempre me ha asombrado el hecho de que el “fariseo tarsiota” que había hecho sufrir a quienes invocaban el Nombre de Jesús, ahora debía estar dispuesto a sufrir por este mismo Nombre. Y ¡cuántos sufrimientos he soportado por Cristo! Aunque tengo por cierto que «los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros» (Rm 8,18).

Por medio de Ananías recobré la vista (cf. Hch 9,17). Él me presentó a los creyentes de Damasco, los cuales me acogieron y me compartieron su experiencia de Jesús (cf. Hch 9,19).

E/. Y después de aquella experiencia, ¿qué sucedió?

P/. Pocos días después «me fui a Arabia ⁴⁶» (Ga 1,17), donde pude adentrarme aún más en aquello que vi y escuché en la vía a Damasco. Fue un tiempo de oración intensa y profunda, de contemplación. De Arabia nuevamente volví a Damasco. (Ga 1,17). Allí me puse a predicar a Jesús en las sinagogas, demostrando a todos que él es el Hijo de Dios. Recuerdo que quienes me oían quedaban atónitos y decían: «¿No es éste el que en Jerusalén perseguía encarnizadamente a los que invocan ese nombre, y ha venido aquí con el objeto de llevárselos encadenados a los sumos sacerdotes?». Pero yo me fortalecía cada vez más y confundía a los judíos que vivían en aquella ciudad, demostrándoles que Jesús es el Mesías (cf. Hch 9,20-22). «Luego, después de tres años, subí a Jerusalén a visitar a Cefas, y permanecí con él quince días» (Ga 1,18). Mi objetivo era hablar con aquel que había conocido más de cerca a Jesús. «Después fui a las regiones de Siria y de Cilicia», también allí prediqué el evangelio, consciente de que anunciar a Cristo «no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el evangelio!» (1Cor 9,16).

No puedo dejar de mencionar aquí algo que me parece de vital importancia: el acompañamiento que algunas comunidades creyentes me brindaron en mis primeros pasos dentro del seguimiento de Jesucristo⁴⁷. Resalto y agradezco la ayuda que me brindó la iglesia de Antioquia

⁴⁶ Al hablar de «Arabia», Pablo no se refiere a la Península Arábiga, sino al reino árabe de los nabateos, ubicado entre el Mar Muerto y el Éufrates (desde el sureste de Jerusalén hacia el norte). Llegó a incluir por algún tiempo a Damasco

⁴⁷ Joseph A. Fitzmyer nos ofrece un interesante comentario acerca de la importancia que para Pablo tuvieron las comunidades cristianas en su comprensión del misterio de Cristo: «Él no fue el iniciador de ese movimiento, sino que se unió a él después que habían comenzado sus esfuerzos misioneros. Cabe, pues, afirmar a priori que Pablo heredó de la tradición primera de la Iglesia algunas ideas al menos sobre Cristo [...] Existen de hecho indicios claros de su dependencia de la tradición apostólica de la primitiva Iglesia: de su kerigma, su liturgia, sus himnos, sus fórmulas de confesión, su terminología teológica y su *parénesis*. En las cartas de Pablo podemos encontrar fragmentos del kerigma primitivo (1Ts 1,10; Ga 1,3-4; 1Cor 15,2-7; Rm 1,2-4; 2,16; 8,34; 10,8-9). Pablo incorporó elementos de la primitiva liturgia, por ejemplo, la fórmula eucarística (¿de origen antioqueno?; 1Cor 11,23-25); plegarias, como «Amén» (1Ts 3,13; Ga 6,18; cf. 1Cor 14,16; 2Cor 1,20), «Maranatha» (1Cor 16,22), «Abbá, Padre» (Ga 4,6; Rm 8,15); doxologías (Ga 1,5; Flp 4,20; Rm 11,36; ¿16,27?; Ef 3,21), e himnos (Flp 2,6-11; Col 1,15-20; Ef 5,14 [cf. 1Tm 3,16]). Sus fórmulas de confesión son un eco de las que se hacían en la primitiva Iglesia: «Jesús es el Señor» (1Cor 12,13; Rm 10,9), «Jesús es el Cristo» (1Cor 3,11). También recibió en herencia cierto número de términos teológicos, como el título de Kyrios, «Hijo de Dios»; la palabra «apóstol»; la expresión *baptizo eis*, «Iglesia de Dios», etc. Por último, ciertas partes exhortativas de sus cartas dan a entender, por la terminología que emplea, que Pablo está haciendo suyo un material, parenético o catequético, extraído del uso corriente (1Ts 4,1-12; 1Cor 6,9-10; Ga 5,19-21; Ef 5,5-21). Además, se dan casos en que Pablo llama la atención explícitamente sobre el hecho de estar transmitiendo lo que él «ha recibido» (*paralambano*). Cf. 1Cor 11,23; 2Ts 2,15; 3,6; 1Cor 15,1.3; 1Ts 2,13; Ga 1,9.12; Flp 4,9; Rm 6,17 [...] Apela a las costumbres de las iglesias (cf. 1Cor 11,16) Y recomienda fidelidad a la Tradición (1Cor 11,2; 15,2; 2Ts 2,15) [...]» (J.A. FITZMYER, *Teología de San Pablo*, 15 - versión digital).

de Siria. En esta comunidad creció y se fortaleció mi adhesión al Mesías. Estos hermanos apoyaron mis viajes misioneros con sus oraciones y sus aportes económicos. Antioquía de Siria llegó a ser mi segundo hogar, el punto de partida y de llegada de mis grandes correrías evangelizadoras ⁴⁸. Además, fue allí donde aprendí a vivir la “comunidad de mesa” con los no judíos, cosa que para los de mi raza y religión no es tan fácil ⁴⁹.

El. Saulo, ahora queremos pedirte que centremos la atención en tus viajes misioneros. Dinos, por favor: ¿Qué te movió a visitar tantos lugares del Asia Menor y de Europa?

P/. Tres han sido mis largos desplazamientos misioneros. Alrededor de diez años prediqué el evangelio en Asia Menor y Grecia, y fundé algunas comunidades⁵⁰ que tienen «un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos» (Ef 4,5-6). A varias de estas comunidades pude volver a visitarlas y así fortalecerlas en el Señor. Siempre me he preocupado por mantener comunicación con todas ellas. Por esta razón, de una parte, organicé algo así como una red de comunicadores, o sea, creyentes de las distintas comunidades que hacen las veces de puente entre ellas y yo⁵¹. Debo destacar aquí la presencia de las mujeres en dicha red; constituyen la mayoría. Y, de otra parte, envié varias cartas a algunas comunidades, con la esperanza de que fueran leídas en público (ITs 5,27) y compartidas con otras iglesias (Col 4,16).

¿Saben algo? Mi traslado a esta ciudad⁵² podría ser considerado también un viaje misionero, el cuarto, pues tanto en el barco que nos traía a Roma, como a lo largo de estos años de permanencia en esta metrópoli no he dejado de anunciar el evangelio a quienes han entrado en contacto conmigo. Recuerdo que, apenas llegué a Roma, me dieron la oportunidad de estar en una casa, bajo vigilancia, en espera de que se resolviera mi situación. En dicha casa, cuyo alquiler debía pagar yo —aquí tengo que agradecer a los creyentes de esta ciudad porque, con gran generosidad, han proveído a todas mis necesidades— tuve la oportunidad de recibir a quienes acudían a mí en busca de consejo, consuelo y oración; a todos predicaba el Reino de Dios y enseñaba lo referente al Señor Jesucristo con toda valentía, sin estorbo alguno (cf. Hch 28,30-31).

En mis travesías evangelizadoras los paganos o gentiles han ocupado siempre un puesto significativo. Al igual que Jesús, el Mesías, he hecho mío el anhelo del Eterno: «que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (ITm 2,4). Como Jeremías, Isaías y otros elegidos por el Señor, yo también he querido contribuir a la plena realización de la promesa hecha por el Bendito a nuestro padre Abraham⁵³, promesa que consta de tres partes: 1. El patriarca, a pesar de su vejez, tendría un hijo. Y, a través de este hijo, Dios le daría una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo y como las arenas del mar. 2. El Señor le daría una tierra que manara leche y miel. 3. Dios lo haría padre de numerosos pueblos. Las naciones serían bendecidas por medio de él (cf. Gn 12,3; 18,18).

⁴⁸ En su primer viaje misionero, narrado por Lucas en Hch 13,1–14,28, San Pablo llegó a Chipre y a varias ciudades del Asia Menor (aprox. 46-49 d.C.). El segundo viaje (aprox. 50-54 d.C.) lo llevó nuevamente a Asia Menor y a algunos lugares de Europa, entre ellos, Corinto (cf. Hch 15,36–18,22). En su tercera correría misionera (aprox. 54-58 d.C.) el apóstol predicó en Éfeso, Ancira, Macedonia, entre otros (cf. Hch 18,23–21,16). El último viaje lo realizó a Roma (cf. Hch 27–28), pero esta vez en calidad de prisionero (cf. Hch 21,26-36). Allí fue martirizado, bajo el gobierno de Nerón.

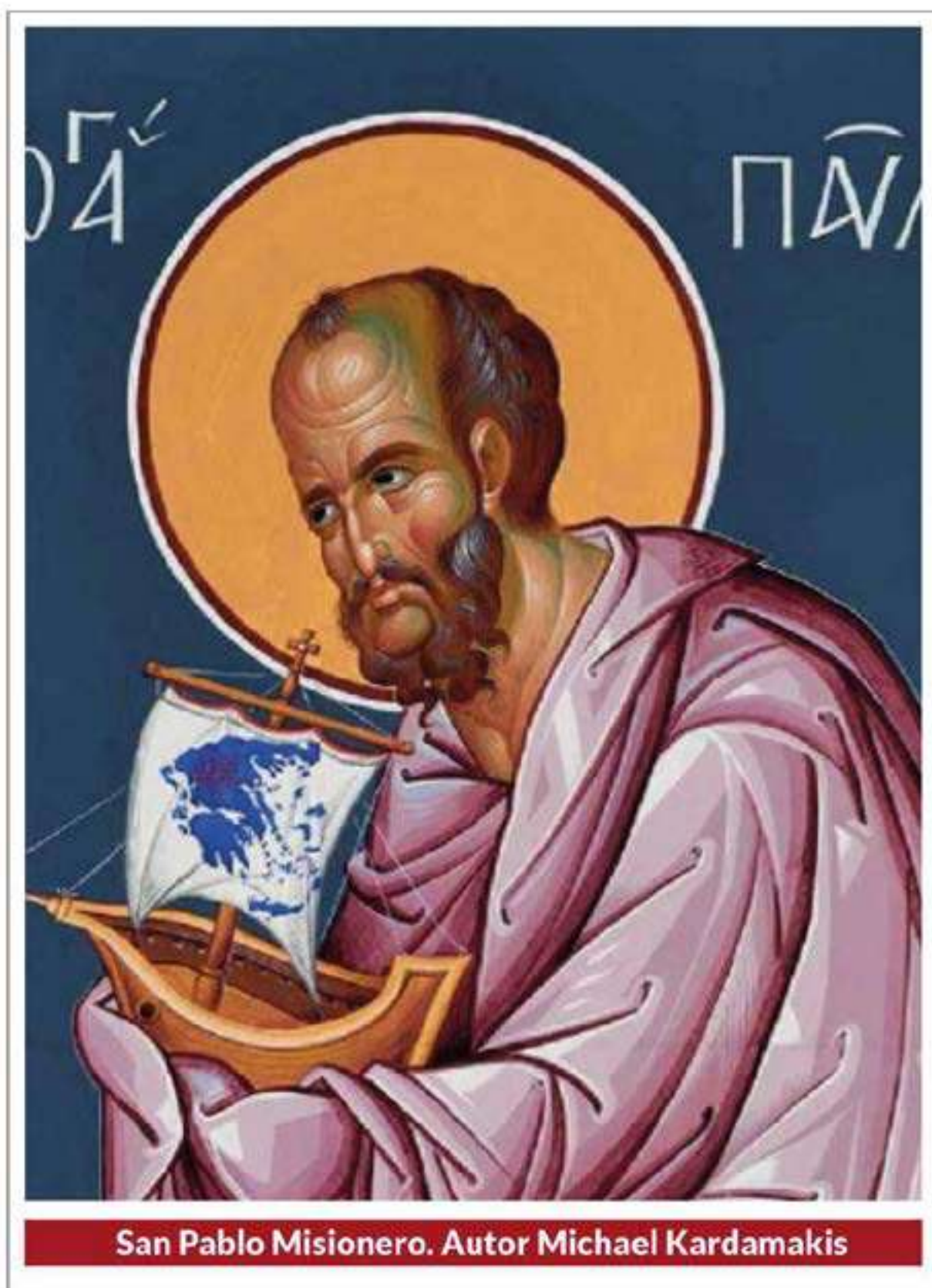
⁴⁹ Las comunidades cristianas de Antioquía eran mixtas, o sea, judíos y paganos juntos.

⁵⁰ Desconocemos cuánto tiempo duró el apóstol en cada lugar que visitó.

⁵¹ En las cartas de Pablo se mencionan más de cincuenta nombres de personas que colaboran. Ejemplo de esto lo encontramos en Rm 16,1-15.21-23.

⁵² Roma, donde se encuentra preso.

⁵³ La promesa completa se encuentra en el libro del Génesis 12–18.



Esta promesa no se ha cumplido en su totalidad. Aunque la descendencia de Abraham es numerosa (en todo el territorio del Imperio Romano estamos presentes los judíos) y el Señor nos ha dado una tierra que mana leche y miel, aun así, falta que Abraham sea el padre de pueblos. Varios profetas de nuestro pueblo han anunciado que, al final de los tiempos, se cumplirá plenamente la promesa (cf. Is 2,2-4; 11,10; 19,24-25; 25,6-8; 56,3.6-7; 60-62; 66,18-21; Miq 4,1-4; Zac 8,20-23). No les miento: ¡ya estamos en esos últimos tiempos! El Mesías está por venir. Su regreso es inminente (cf. 1 Cor 7,29). Esto es lo que me ha movido a trabajar sin descanso, buscando que los gentiles conozcan y acepten cuanto antes al Mesías y así, por medio de él, sean hijos de Abraham. El número exacto de paganos que deben recibir este anuncio no lo sé, solo lo sabe mi Dios, pero cuando ese número se complete, ¡muy pronto!, el Reino de Dios se establecerá definitivamente en este mundo, el Mesías dominará sobre todos y podremos estar con él para siempre.

¡Pero atención! Cuando hablo aquí de los gentiles como hijos de Abraham, no quiero que piensen en la circuncisión necesaria para hacerse judío. ¡De ninguna manera! Piensen más bien en la aceptación de Jesús como el Mesías. Este es el nuevo y definitivo modo de pertenecer al Israel de Dios, amado y elegido por él. Esta es la verdadera circuncisión (cf. Flp 3,3). Recuerdo que en una de mis cartas escribí estas palabras: «¿Qué fue uno llamado siendo circunciso? No rehaga su prepucio. ¿Qué fue llamado siendo incircunciso? No se circuncide». (1 Cor 7,18). Mi convicción es que los paganos no deben convertirse a mi religión. Y no obstante esto, ellos recibirán la misma recompensa que nos está reservada a nosotros los judíos. No habrá ninguna diferencia al momento de la recompensa eterna. Si bien es cierto que nosotros somos los «hijos naturales de Dios» y los paganos son «sus hijos adoptivos», en el juicio final seremos tratados de la misma manera. Quizá resulte iluminador aquello que sucede en el Imperio Romano, en relación con los hijos adoptivos, que gozan de los mismos privilegios que los hijos naturales.

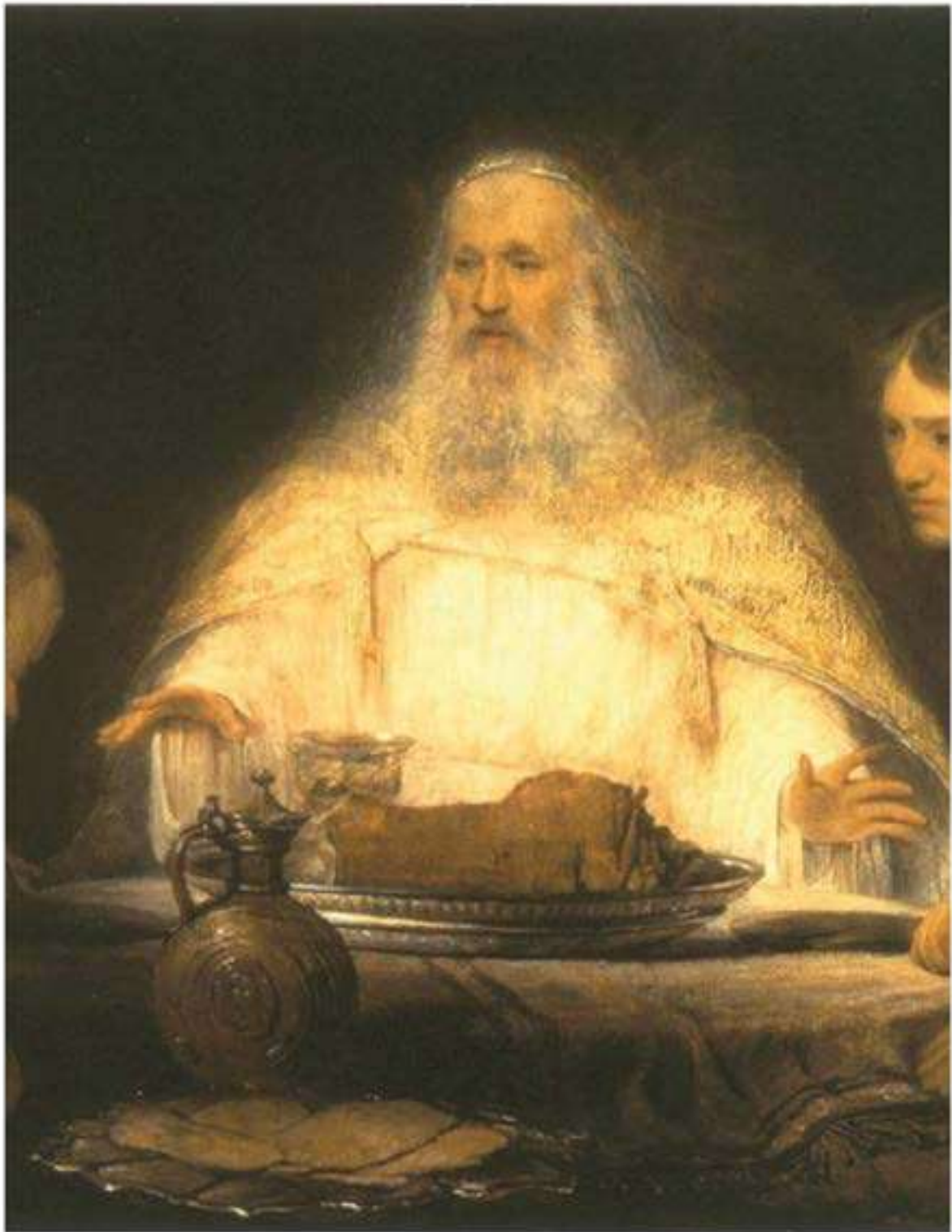
E/. Supongo que estos viajes misioneros no fueron fáciles. Habrás tenido muchos sufrimientos, tal y como te lo hizo saber el Señor por boca de Ananías.

P/. «Cinco veces he recibido de los judíos los cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez lapidado; tres veces naufragué; un día y una noche pasé en alta mar [...] Tuve que afrontar peligros de ríos; peligros de salteadores; peligros de los de mi raza; peligros de los gentiles; peligros en ciudad; peligros en despoblado; peligros por mar; peligros entre falsos hermanos; trabajos y fatigas; noches sin dormir; muchas veces; hambre y sed; muchos días sin comer; frío y desnudez» (2 Cor 11,24-27)⁵⁴. No en pocos lugares fui acusado de rebelión contra el Imperio. Pero, al arrestarme e interrogarme, las autoridades se daban cuenta de que ni mi persona ni mi mensaje representaban una amenaza para Roma.

No puedo negarles que me aflige muchísimo el hecho de que mis primeros inculpadores hayan sido siempre mis propios hermanos de linaje y de culto: los judíos. Una de las razones que los ha llevado a despreciarme es la táctica usada por mí en los viajes misioneros: en cada ciudad a la que llegaba empezaba a predicar en las sinagogas, con la autorización del Hazan⁵⁵ (cf. Hch 9,20; 13,5.14; 14,1; 17,1.10.17; 18,4.19; 19,8). Allí lograba captar la atención, primordialmente, de

⁵⁴ Véase también 2 Cor 6,3-10.

⁵⁵ Responsable de la sinagoga.



Abraham. Arent de Gelder

los llamados “simpatizantes” (es decir, los goyim o paganos que se sentían atraídos por nuestras doctrinas y costumbres judías). Muchos de ellos decidían adherirse al evangelio que yo predico (cf. Hch 13,43; 18,7-8; 19,10)⁵⁶.

Con congoja tengo que decirles que también al interior del grupo de los discípulos de Jesús algunos han asumido una postura de rechazo de cara a mi misión, a la autenticidad de mi apostolado y al mensaje que proclamo. ¡Qué dolor sentía al ver que, después de dedicar días o meses, e incluso años, al anuncio del evangelio en un lugar, llegaban algunos hermanos, procedentes de Jerusalén —debo confesar que no sé si eran enviados por los líderes de la iglesia madre⁵⁷ o venían a título personal— a contradecir todo lo dicho por mí y a enseñar que yo no era un verdadero apóstol de Jesucristo! (cf. 2Cor 10 – 13). ¿Pero qué es lo que más preocupa a mis opositores? Que, según ellos, el hecho de que los judíos se sienten a la misma mesa con los paganos lleva a incumplir gravemente la ley de Moisés. Y aunque los paganos acepten a Jesús como Mesías siguen siendo impuros mientras no se circunciden (cf. Hch 15,5; Ga 2,4). ¡Qué absurdo modo de razonar! Por fortuna, no todos piensan así. El muy venerado, y hace poco asesinado, Pedro no veía con malos ojos que los gentiles recibieran el evangelio y compartieran la misma mesa con los judíos (cf. Hch 15,7-11; Ga 2,9).

Quizá ustedes se preguntarán cómo he actuado ante tantas persecuciones, calumnias y ultrajes. Tal y como nos lo pidió Jesús, «si nos insultan, bendecimos. Si nos persiguen, lo soportamos. Si nos difaman, respondemos con bondad» (1Cor 4,11-13).

E/. Querido Saulo Pablo, para concluir esta entrevista ¿podrías decirnos en qué consiste tu evangelio? ¿Cuál es el mensaje que predicas con tanta pasión en distintos lugares del Imperio?

P/. Tu pregunta es de gran importancia para mí. Me interrogas acerca de aquello por lo cual he renunciado a tantos privilegios y comodidades. Para mí hoy todo es σκύβαλον, «estiércol», «basura» (Flp 3,8) comparado con la sublimidad del evangelio que confieso valientemente con mi boca y creo firmemente en mi corazón (cf. Rm 10,9).

⁵⁶ En las sinagogas existentes en la diáspora era común la presencia de paganos. Algunos de ellos, realmente pocos, se integraban en el judaísmo sometiéndose a la circuncisión; estos recibían el nombre de “prosélitos”. Era mucho más frecuente el número de los llamados “temerosos de Dios”, o sea, paganos que se sentían atraídos por el judaísmo, por su monoteísmo y por su elevada moral, pero que no daban el paso a la conversión. Es que la circuncisión y las normas de pureza ritual judías, además de las molestias que conllevaban, suponían barreras culturales, que dificultaban la integración cómoda en las actividades de la sociedad pagana. Hay que tener en cuenta que “los temerosos de Dios” se reclutaban, preferentemente, entre sectores sociales adinerados e influyentes. Pues bien, entre estos “temerosos de Dios” tuvo un particular éxito la predicación del apóstol. El evangelio de Pablo era, a los ojos de estos paganos, una forma de judaísmo más cómoda y accesible, porque no les imponía la circuncisión, ni todo el complejo sistema de pureza ritual y alimentaria. Cf. R. AGUIRRE, «Los orígenes del Cristianismo y la inculturación de la fe», 125-133. Véase también: J.D. CROSSAN – J.L. REED, *En busca de Pablo*, 10. No podemos dejar de mencionar aquí a los paganos devotos de los llamados cultos místicos. También entre ellos encontró gran acogida la predicación de Pablo. En los mencionados cultos se ofrecía la salvación a las personas a cambio de la observancia estricta de una serie de ritos, que eran muy costosos (se debía pagar a los sacerdotes; se pagaban también las purificaciones, el acceso al Templo, la estadía por varios meses en un determinado santuario, en el que podían acompañar a los dioses en su paso de la muerte a la resurrección, tal y como se creía de Dionisio o Baco, y de Perséfone, hija de Zeus y Deméter). Pablo predicaba una salvación que no requería la observancia de ritos y que, al mismo tiempo, era totalmente gratuita. Esto hacía llamativo su evangelio. En las comunidades paulinas los creyentes podían morir y resucitar con su Dios, por medio del Bautismo (cf. Rm 6,3-5), y se unían plenamente a él en la Eucaristía (cf. 1Cor 10,16).

Para que comprendan mejor en qué consiste el evangelio que predico, les voy a decir cuáles eran los pilares de mi vida antes de aquella inolvidable cristofanía de la que ya les hablé.



Como todos mis hermanos de religión, especialmente mis colegas, los fariseos, estaba convencido de que el estudio de la Torah, la 'abodah o servicio cultural, y las gemilut chasadim (o chasidim), o sea las obras de misericordia, eran las columnas sobre las cuales todas las cosas estaban fundadas⁵⁸. Mi gran maestro en el fariseísmo, Gamaliel, me recalcó esto durante mis años de formación, en Jerusalén. Por cerca de treinta años, estas tres columnas fueron el filtro a través del cual yo ví e interpreté todas las cosas.

Pero, gracias a aquel encuentro en el camino que conduce a Damasco, mi manera de pensar cambió para siempre. Ahora el centro de mi vida, de mi pensamiento y de mi predicación es Jesucristo: Él es el evangelio que yo predico. Y este Cristo está crucificado. Un día escribí a la amada —y no poco complicada— comunidad creyente de Corinto: «Así, mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado:

escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios» (1 Cor 1,22-24).

Quiero precisar varias cosas para evitar confusiones. Al aseverar que las tres columnas ya no son primordiales para mí, no estoy afirmando que ahora desecho la Torá y el resto de la Tanak. «¿Por la fe privamos a la Torá de su valor? ¡De ningún modo! Más bien, la consolidamos» (Rm 3,31).

Si bien es cierto que, el encuentro con el Mesías me ha llevado a repensar el valor de la Torah, yo la sigo considerando divina y, por tanto, justa y buena. Además, sigo convencido de que ella será la base en el juicio final para juzgar a todos por igual: a mis hermanos de raza y religión y a los gentiles (cf. Rm 2,12-16). Debo añadir, sin embargo, que en este repensar el valor de la Torah he podido comprender con mayor claridad que en ella encontramos unas leyes que son universales, o sea, de obligado cumplimiento para todos los hombres. Estas leyes han sido grabadas por el Eterno en el corazón de toda persona y están recogidas en lo que, comúnmente, denominados el Decálogo. En cambio, hay otras leyes que son exclusivas de mi pueblo y tienen que ver con la circuncisión, la pureza ritual y los alimentos. Estas normas nos diferencian de las demás naciones (cf. Ga 2,15) y no están destinadas a ser cumplidas por los paganos.

⁵⁸ «En ambiente judío se transmite una antigua palabra que data aproximadamente del año 200 a. C., anterior unos tres siglos a la constitución de nuestro Nuevo Testamento. Esta palabra se encuentra al inicio de un pequeño tratado llamado *Pirqé Avot*, perteneciente a la Mishná (una voluminosa compilación rabínica de las tradiciones orales, realizada por Judas el Príncipe, hacia finales del s. II d.C.). En boca de Simeón el Justo, sumo sacerdote de Jerusalén, a finales del s. III a. C., aparecen estas palabras: "El mundo está cimentado sobre tres columnas: el estudio de la Torá, la 'abodah (el servicio del culto, la oración) y las obras de misericordia"» (B. STANDAERT, *Paolo e le tre colonne*, 12).

⁵⁹ Cf. A. PIÑERO, *Guía para entender a Pablo de Tarso*, 536-537.



Mezquita de la roca

Tanto los gentiles, como nosotros los elegidos por Dios, debemos cumplir los preceptos que de él hemos recibido, sabiendo, de una parte, que a unos y a otros nos espera la misma salvación eterna y disfrutaremos del mismo cielo; y de otra, que las leyes propias de mi pueblo no tienen que ser asumidas por los paganos para salvarse, pues a ellos les basta con aceptar a Cristo como su Señor y Salvador: ¡esa es su circuncisión! ¡Ese es su modo de convertirse en hijos de nuestro patriarca Abraham! Con el Mesías, nuestras leyes son caducas para los gentiles. Nosotros, en cambio, debemos seguir observándolas, pero de una manera nueva, tal y como lo he aprendido de él: no como un conjunto de obligaciones onerosas, sino más bien comprendiendo su verdadero sentido, que no es otro que el amor (cf. Ga 6,2; 1 Cor 13,4-8). Con tristeza debo decirles que el problema de la relación de mi pueblo con la Torah es que para muchos el contenido de esta se ha quedado escrito simplemente en tablas de piedra: algo externo, superficial, formal. Además, se ha sobresaturado de interpretaciones que han ido adquiriendo fuerza de ley. Creánme que ni yo mismo, siendo fariseo, podría decirles cuántos preceptos tenemos que observar los judíos. Al sumar los seiscientos trece mandamientos que nos ha dejado Moisés con todas sus interpretaciones, convertidas en normas y tradiciones, tenemos como resultado una cifra que solo el Eterno conoce con exactitud.

Algo similar debo decirles acerca del culto. Aunque sigo respetando las prescripciones rituales, los sábados, los calendarios litúrgicos del templo, etc., con el Mesías la 'abodah ha adquirido un nuevo valor para mí: al Eterno se le ofrece la propia existencia y esto comporta, de una parte, docilidad a su acción transformadora (cfr. 2Cor 3,18, Ga 4,19), y de otra, dejarse renovar por él en el modo de pensar y de decidir, para poder así comprender «su voluntad, agradable y perfecta» (Rm 12,2; cf. Ef 5,10). Mi propia vida y mi ministerio son culto al Señor. El anuncio del evangelio del Hijo de Dios se ha convertido en mi nuevo y definitivo modo de alabar al Padre, tal y como lo escribí en la misiva que envié a los creyentes de esta ciudad: «Venero [a Dios] en mi espíritu predicando el evangelio de su Hijo» (Rm 1,9).

Yo me considero λειτουργὸν Χριστοῦ Ἰησοῦ, es decir, un «servidor (o liturgo) de Cristo Jesús entre la gente» (Rm 15,16a). «Sirviendo como un sacerdote ⁶⁰ el evangelio de Dios» (Rm 15,16b). ¿Con qué finalidad lo hago? «Con el fin de que las gentes lleguen a ser una ofrenda agradable, santificada por el Espíritu Santo» (Rm 15,16c).

En este nuevo modo de comprender y vivir la dimensión cultural, nadie queda excluido. Incluso, las mujeres tienen un puesto especial (cf. Rm 16,1.5a; Col 4,15). Para mí, el culto al Dios de Israel ya no es privilegio de unos cuantos varones, ni tampoco es exclusivo de un lugar (el precioso templo de Jerusalén, del cual me siento orgulloso, como buen judío que soy). El nuevo templo son los creyentes en Jesús (cf. 1 Cor 3,16-17; 6,19; Ef 2,19-22), ellos han sido lavados, purificados y transformados por la sangre del Mesías (cf. Col 1,20; Ef 1,7; 2,13).

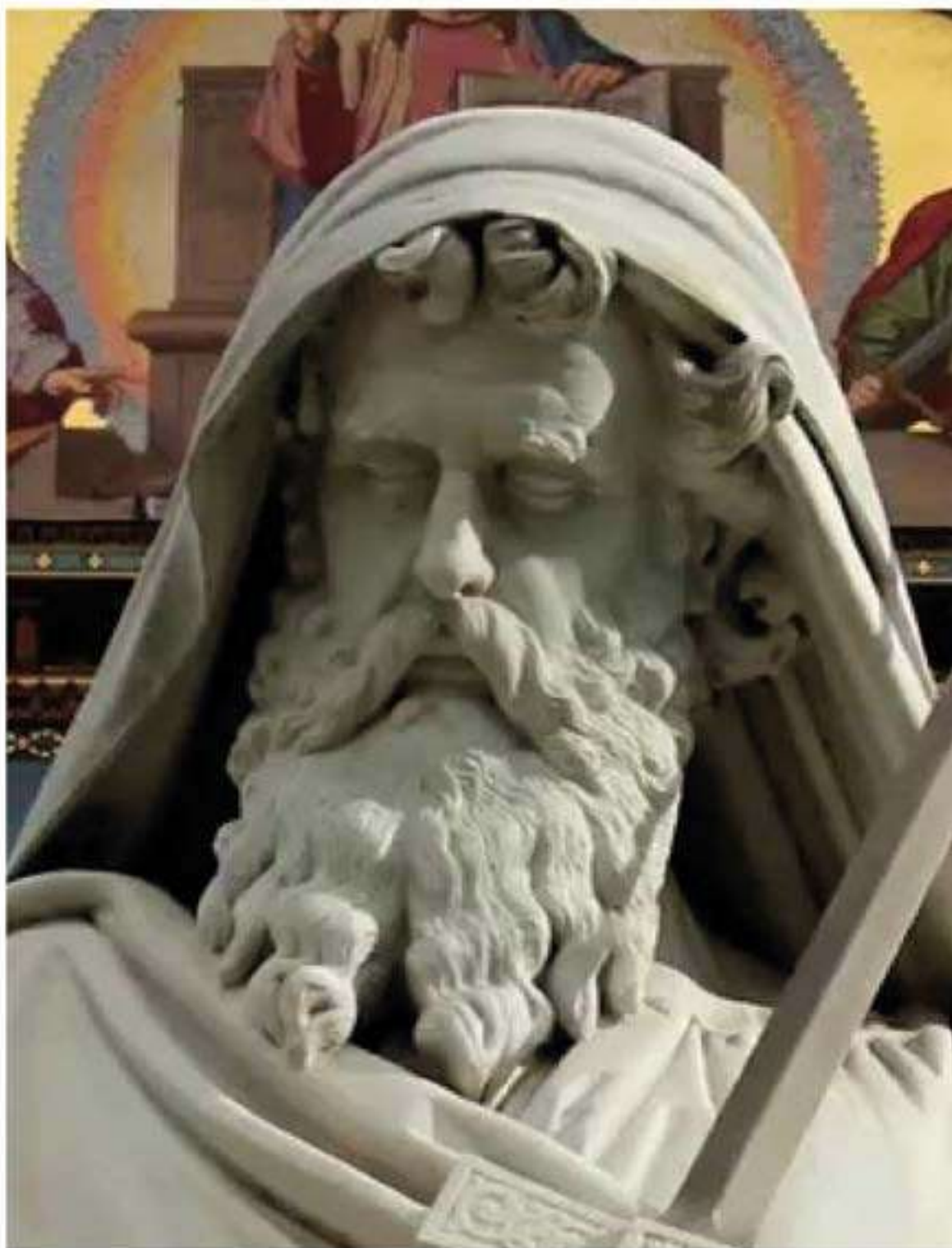
¿Qué decir de la tercera columna? No quiero que piensen que me opongo a las obras de caridad. Tampoco mis hermanos, los judíos, lo hacen. Lo que yo enseño, especialmente a los paganos, es que estas obras han de ser expresión de la fe en Jesucristo. Es la relación con el Señor lo que salva a los gentiles, no las buenas acciones que estos realizan (cf. Rm 11,6; 2Tm 1,9; Tt 3,5). Somos salvos por la iniciativa misericordiosa y gratuita de Dios (cf. 2Cor 4,1; Rm 3,24; 9,15.18.23;

⁶⁰ En griego se usa λειτουργοῦντα: se trata de un participio presente del verbo λειτουργέω, que traduce «ejercer un ministerio sacerdotal».

Ef 2,5b) y esta salvación ha de llevarnos a vivir la caridad en todo tiempo y circunstancia (cf. I Cor 13,1-13). Yo, por ejemplo, encontré un modo concreto de hacerlo: colaborando en la gran colecta a favor de la comunidad de Jerusalén (cf. Rm 15,25-29; I Cor 16,1; 2Cor 8-9). «Este servicio no solamente suple lo que a los santos falta, sino que también abunda en muchas acciones de gracias a Dios» (2Cor 9,12).

E/. Muy amado Saulo Pablo, te damos gracias por habernos regalado este inolvidable momento para dialogar contigo. Esperamos que no te canses de orar por nosotros.

P/. Gracias por escuchar. Y que «el Señor Jesucristo derrame su gracia sobre ustedes» (Flp 4,23).



San Pablo. Basílica de San Pablo Extramuros. Roma.

SAN PABLO

MAESTRO DE LA IGLESIA Y APÓSTOL DE LOS PUEBLOS

Primera entrega



EDITORIAL
UNIMONSERRATE